

José García Payón

LOS MONUMENTOS ARQUEOLOGICOS DE MALINALCO

CONMEMORACION DEL
SESQUICENTENARIO DE LA ERECCION
DEL ESTADO DE MEXICO
1824-1974

Biblioteca Enciclopédica del Estado de México
México

1974

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA
DEL ESTADO DE MÉXICO

Patronato de los señores:

PROFR. DON CARLOS HANK GONZÁLEZ

y

LIC DON MARIO COLÍN

Esta publicación se debe al patrocinio
del

PROFR. DON CARLOS HANK GONZÁLEZ
Gobernador Constitucional del Estado de México

U12.51157
GAR.m.
E.2

JOSE GARCIA PAYON

4

LOS MONUMENTOS ARQUEOLOGICOS DE MALINALCO

Edición preparada por
MARIO COLÍN

CONMEMORACION DEL
SESQUICENTENARIO DE LA ERECCION
DEL ESTADO DE MEXICO
1824-1974

Biblioteca Enciclopédica del Estado de México
México

1974

BIBLIOTECA NACIONAL

Derechos reservados conforme a la ley

© por Mario Colín

domicilio en Av. de las Fuentes 255, Jardines del Pedregal
e San Angel, México 20, D. F.; Jardín Reforma N° 106, To-
luca, Estado de México, y Ex-hacienda de San José Barbabosa,
Zinacantepec, Estado de México.

-3ENE.79

000150

NOTA INTRODUCTORIA

Es, sin lugar a duda, el Estado de México una de las entidades de la República con el mayor número de ruinas arqueológicas inexploradas, a pesar de los trabajos que se llevaron a cabo en Teotihuacan desde 1919 bajo la dirección del Dr. Manuel Gamio. Baste recordar que en la Revista de los Americanistas se publicó en 1914 por el señor Augusto Genin un mapa en que se anotan más de cien lugares con monumentos arqueológicos inexplorados. Lo lamentable es que, con excepción de las exploraciones de Teotihuacan y del llamado Cerro del Conde, en Naucaupan, nunca antes se llevaron a cabo trabajos que nos permitieran precisar el carácter de los grupos étnicos que poblaron el territorio que ocupa actualmente nuestro Estado.

Fue hasta 1930 en que por un arreglo entre el Departamento de Monumentos, hoy Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Gobierno del Estado, a cuyo frente se encontraba entonces el Coronel Filiberto Gómez, cuando se iniciaron las exploraciones de lo que se llamó Zona Tecaxic-Calixtlahuaca que fueron encomendadas al autor del trabajo que ahora se agrega al acervo de la Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, don José García Payón. Antes de esos años más que exploraciones hubo destrucciones y rapiñas de manera que piezas arqueológicas tan notables como el Vaso de Jade, procedente de Nanchititla, en el Sur del Estado, permanecieron en poder de particulares sin que

XIII

algunas de ellas pasaran siquiera a poder de la nación, sino que emprendieron el camino de muchas de nuestras joyas, hacia el extranjero.

Desde el siglo pasado, por lo menos al consolidarse la República después de 1870, comenzó a suscitarse el interés por las exploraciones arqueológicas. Orozco y Berra y después el señor Alfredo Chavero, en México a Través de los Siglos, mencionaron las ruinas arqueológicas casi perdidas totalmente de Chapa de Mota, en el Distrito de Jilotepec y se sabía que en Jiquipilco, en Tenango del Valle, en Tonatico, en Valle de Bravo, en Tejupilco, en Tlatlaya, en Amatepec, en Sultepec y, desde luego, en Calixtlahuaca y Malinalco existían ciertos tipos de monumentos prehispánicos ya que hasta el P. Francisco Javier Clavero había dicho que en Toluca los "tultecos" habían dejado algunos monumentos.

Actualmente, aunque las exploraciones arqueológicas sólo se han emprendido en Teotenango, se conocen cientos de lugares en cada uno de los diez y seis distritos rentísticos y judiciales, con vestigios arqueológicos de cuyas dimensiones y carácter poco se puede adelantar porque los estudios arqueológicos están todavía entre nosotros, en una etapa primaria. Sabemos algo, muy poco, de los matlatzincas; pero ni siquiera podemos decir cuándo llegaron al Valle de Toluca donde estuvo Matlatzinco. Sería muy audaz y falso declarar que los matlatzincas fueron autóctonos y que no vinieron de otra parte, porque ya sabemos que el hombre no es originario ni siquiera de América. Suponer que antes de los matlatzincas no hubo otros grupos étnicos en el territorio que ellos ocupaban cuando se les comienza a mencionar en 1472, por la conquista de Axayácatl del Valle de Toluca, sería un error. Ya los Anales de Cuautitlán e Ixtlixóchitl, así como la llamada Tira del Museo insinuaban otros datos que revelan por lo menos que los matlatzincas anduvieron revueltos, estuvieron en contacto

o fueron confundidos con esos grupos llamados un tanto cuanto caprichosamente "Chichimecas".

Entre los que se reconocen como chichimecas se encuentran los otomíes y los mazahuas que ocupan grandes porciones del Estado de México por el Norte, en el Valle de Toluca, en Malcatepec hacia el Sur y hacia el Oeste del Estado. Algunos como el Dr. Gamio llegaron a pensar que existía una cultura que llamaron "de los cerros" característica de los otomíes; pero el P. Planarte desde su obra "Tamoanchan" y más tarde en su "Prehistoria" inició la clasificación de eso que se consideró cultura de los cerros, como una manifestación de cultura que llamó arcaica, sin que la atribuyera necesariamente a los otomíes.

En territorio poblado casi exclusivamente por núcleos de habla otomí, como Jilotepec, Jiquipilco, Temoaya, Chapa de Mota, Santa María del Monte, en Zinacantepec y en San Luis Mextepec, de ese mismo Municipio, se han encontrado no sólo fragmentos de alfarería, sino restos de edificios piramidales de cierto carácter, que por no haber sido explorados no podemos afirmar pertenecen a una cultura otomí inexistente aunque debamos conformarnos con aceptar que ahí pudo existir la cultura llamada preclásica, en sus etapas inferiores y tal vez media y superior, como en Tlatilco y en Tlapacoyan.

Por lo que se refiere al hábitat tradicional de los mazahuas que a nuestro juicio sufrió en el curso de los siglos coloniales pocas modificaciones, en el pasado no se habían encontrado, o no se habían observado ruinas arqueológicas que ahora, aún sin explorar se conocen, como en San Cayetano del Municipio de Villa de Allende, en Villa Victoria, del Distrito de Toluca, en Donato Guerra, del Distrito de Valle de Bravo, en Santiago Acutzilapan, del Municipio de Atlacomulco, en Temascalcingo del Distrito de El Oro de Hidalgo, en Almoloya de Juárez y en otros lugares, como Mihualtepec, del Distrito de Valle de Bravo, si-

tuados en territorio tradicionalmente ocupado por núcleos de habla mazahua.

En el pasado, con cierta ligereza se decía que tales o cuales restos arqueológicos pertenecían a la cultura matlatzinca. Así lo declaró, por ejemplo, el Dr. Batres cuyas colecciones en el viejo Museo de Arqueología ostentaban letreros que decían "cultura matlatzinca", sin definirla ni establecer sus características. A nosotros nos parece que ni otomíes, ni mazahuas, ni matlatzincas, ni ocuiltecos fueron salvajes. No. Ni mucho menos. Cuando estos núcleos característicos del Estado de México fueron detectados tenían un tipo de cultura aldeano, que los arqueólogos llaman *preclásica*. Más aún en Calixtlahuaca, en Teotenango y, desde luego, en Malinalco, se encuentran frecuentemente objetos y construcciones que hablan de las etapas preclásica y clásica, en sus diferentes manifestaciones; pero es difícil decir que esas etapas culturales, generales al menos para los pueblos que habitaron el altiplano, pertenecían exclusivamente a un determinado núcleo étnico. En cierto grado la diferenciación y la caracterización particular fue tardía, con excepción según nos parece, de la cultura olmeca que por lo menos fue coetánea de la teotihuacana aunque en la región de los olmecas se hayan encontrado restos de culturas anteriores, preclásica media e inferior, como en Río Chiquito, del Estado de Veracruz.

Los principales centros arqueológicos ubicados en el Estado de México, con excepción de Teotihuacan y ahora de Teotenango no se conocen o se conocen muy fragmentariamente. Se mencionan desde luego Teotihuacan —el más estudiado, pero todavía no conocido totalmente—, Tlapacoyan, Huexotla, Tlatilco, Ecatepec, Texcotzingo, Ocuilan, Tlatocalpan, San Juan Atzingo, Ixtapan del Oro, Ixtapantongo, San Mateo Atenco, Tlaloc, Valle de Bravo, Tejupilco, Nanchititla, Texcaltitlán y otros; pero poco se habla de las ruinas arqueológicas muy importantes y muy saqueadas, como las del lugar llamado "Las Parotas" en el Municipi-

pio de Tlatlaya que anuncian un carácter muy importante, y que cuando se exploren, según creemos, darán verdaderas sorpresas. Así lo previó o lo atisbó, cuando menos el arqueólogo José García Payón que tuvo la oportunidad, el primero entre todos, de anunciar la riqueza de las ruinas que, sin haber sido exploradas todavía, han proporcionado a los saqueadores objetos de alto valor comercial, y desde luego artístico, como las máscaras de jade que un comerciante en antigüedades de apellido Antuñano vendió a precio muy alto, a coleccionistas de Nueva York.

Pero en el Sur del Estado las ruinas de Las Parotas no son las únicas; cuando más son las más importantes. Los Municipios de Zacualpan, de Amatepec, de Tlatlaya, de Texcaltitlán, de Almoloya de Alquisiras están llenos de ruinas inexploradas que por serlo no podemos aventurar qué carácter tienen ni a qué etapa cultural pertenecen. Lo que decimos de los Municipios antes citados, todos pertenecientes al Distrito de Sultepec, se puede decir de otros Municipios del Distrito de Temascaltepec, también situados en el Sur como Tejupilco, al que pertenecen Nanchititla, San Diego Cuental, Ixtapan de la Panocha, Bejúcos y Luvianos.

La Peña en Valle de Bravo, está rodeada de ruinas arqueológicas que no sólo no se han explorado sino que siguen siendo destruidas. Todo el Municipio de Valle de Bravo está lleno de lugares arqueológicos inexplorados, como Tilostoc, Atezcapan, Pipioltepec, etc. Los Distritos de El Sur como el Distrito de Tenancingo, al que pertenecen Acatzingo, Tonatico, Villa Guerrero, Ocuilan, Citepec, Cepayautla, Zumpahuacan, sobre todo Zumpahuacán, merecen una atención muy especial por su riqueza arqueológica que no es una cosa para eruditos sino de interés general, pues como ha dicho Steinbeck, por boca de uno de los personajes de su novela más característica ¿cómo podríamos saber quienes somos si olvidamos nuestro pasado?

Precisamente en eso radica, según opinamos, el valor de la

Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, que acoge ahora el estudio del señor don José García Payón sobre los Monumentos Arqueológicos de Malinalco, que fue editado en 1947, con motivo de la Quinta FERIA del Libro, por el Gobierno del Estado de México y que por razones fácilmente comprensibles no sólo es poco conocido, sino que se halla totalmente agotado.

A este respecto conviene decir algunas palabras sobre las ruinas de Malinalco.

"En 1894, —decía el Gobernador Villada en su informe correspondiente al cuatrienio que concluyó en 1897— en el local que ocupaba la Escuela Riva Palacio, se fundó el Museo del Estado, que el Gobierno ha dotado de objetos curiosos, muy principalmente de antigüedades mexicanas".

Entre las antigüedades mexicanas recogidas por el gobierno del Gral. José Vicente Villada se encontró el *Tlapanhuehuetl* de Malinalco, joya extraordinaria del arte prehispánico que llamó la atención de los principales estudiosos de la cultura prehispánica como Alfredo Chavero, Francisco del Paso y Troncoso y del muy erudito investigador alemán Dr. Eduardo Seler.

El *huehuetl* de Malinalco, hasta antes de 1894 era utilizado en Malinalco para anunciar las fiestas religiosas, como se usaba hasta hace pocos años el teponaztle de San Juan Atzingo. Al ser traído al Museo de Toluca llamó extraordinariamente la atención no sólo por su conservación, sino también por su decoración que ha sido motivo de diversos estudios e interpretaciones, siendo los más notables el estudio llevado a cabo por don Francisco del Paso y Troncoso y la interpretación hecha por el Dr. Seler.

En diferentes épocas el *tlapanhuehuetl* de Malinalco ha salido del país para ser exhibido en exposiciones. Es, en efecto, una pieza muy notable y extraordinariamente bien conservada que estimuló las exploraciones de los Monumentos Arqueológicos de Malinalco que se llevaron a cabo en las condiciones descritas en el trabajo del Señor José García Payón, que ahora

acogemos bajo el signo de la Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, con gran satisfacción.

No es necesario decir mucho para ponderar la importancia de los Monumentos de Malinalco. Lo que se ha explorado es una parte mínima de ellos. La destrucción fue intensa no sólo al principio de la Conquista sino en años posteriores. Los cerdos de las huertas de la población y, desde luego los cimientos de la Iglesia y del Convento de los Agustinos de Malinalco, así como gran parte de los muros fueron hechos con las piedras que pertenecían a los edificios prehispánicos de Malinalco, que por ser lugar importante, fue durante todo el período colonial la sede del Alcalde Mayor de Malinalco y Tenancingo.

En una nota de presentación como esta no sería oportuno especular sobre las diferentes opiniones que existen sobre la fecha en que se edificaron los Monumentos Extraordinarios de Malinalco. Al hacerse investigaciones más intensas, quizá se rectifiquen las afirmaciones del Sr. Don José García Payón: "todas las estructuras de este conjunto pertenecen al período que he denominado azteco-matlaltzinco, es decir, posterior al año de 1476".

¿O sería que Malinalco rivalizaba en importancia con los monumentos de la gran Tenochtitlán? ¿Se explicará la gran afluencia de peregrinos a Chalma, lugar vecino de Malinalco, por la importancia que este lugar tenía en los años inmediatamente anteriores a la Conquista?

El señor José García Payón no insinúa ninguna de estas cosas ni pudo llevar a término una exploración que tuvo que abandonar por haber sido destinado a trabajar en Veracruz, principalmente en Tajín.

Lo que escribió sobre Malinalco es una demostración de que pudo, de haber contado con el apoyo adecuado, ahondar en la investigación y explicar lo que se supone ya aclarado, sin que lo

esté, el culto al Cristo de Chalma, que siguiendo a Fr. Joaquín Sardo, todos explican como sincretismo del culto al Dios de las Cuevas, a Oxtoteotl.

De todos modos hasta antes de 1936 el nombre de Malinalco estuvo asociado, casi exclusivamente a dos piezas conocidas: A la Historia de los Mexicanos por sus Pinturas y al Tlapanhuehuetl a que aquí nos hemos referido. El destino de este extraordinario instrumento que servía no sólo para convocar a la guerra sino a mantener el ardor de los combatientes está expresado en las figuras que lo decoran. El *Nahui Ollin* símbolo del Sol en sus cuatro movimiento, el tigre, *ocelotl* y el águila, *cuahli*, "animales vigorosos que son la representación de los guerreros considerados claramente como águilas y tigres" dice el Dr. Seler. El signo *Atl-tlanchinolli*, perfectamente identificado alude como dice el Dr. Alfonso Caso, a la guerra ritual, acostumbrada por lo menos por los matlatzincas, los tarascos y los nahoas, la "guerra florida", también llamada en el idioma de los purépechas *anzitáscuaro*.

El Tlapanhuehuetl de Malinalco, mide casi un metro de alto, (noventa y siete centímetros) y tiene un diámetro de 42 centímetros. Fue originalmente un tronco de tepehuaje, dice García Payón; está abombado en el centro y alcanza hasta un metro cincuenta y tres centímetros de circunferencia, teniendo un espesor de cuatro centímetros aproximadamente. Sus relieves, están divididos en cuatro secciones una superior y tres inferiores apoyándose sobre los soportes del instrumento. Actualmente carece de la piel que serviría para provocar el sonido mediante percusiones; pero toda la pieza es una muestra de arte indígena extraordinario como lo comprendía el Gobernador Villada al destinarla, como muestra curiosa, al Museo de Arqueología que fundó en la novena década del siglo pasado. Maravilla la talla de este monumental atabac que habría servido maravillosamente para mantener el ánimo de los combatientes, aunque ninguna crónica menciona el

efecto que haya causado en los soldados de aquel Andrés de Tapia para atacar y someter a Malinalco y a toda la región, de que la población era cabecera, como Texcaltitlán y Temascaltepec, que se sometieron pacíficamente según la relación publicada por el Sr. del Paso y Troncoso.

El autor del trabajo que ahora reproducimos, el señor José García Payón, vino a Toluca en 1930. El Coronel Filiberto Gómez le encomendó la dirección del Museo del Estado que casi desde su fundación era solamente un lugar para exhibir "objetos curiosos", como decía el Gobernador Villada.

Ya al frente del Museo, tuvo oportunidad de iniciar las exploraciones en la zona de Tecaxic-Calixtlahuaca en que tuvo la fortuna de descubrir el templo circular que por muchos años fue el único de esa naturaleza en el altiplano, en el cual se encontró también la estatua extraordinaria del Dios del Viento, del Ehecatl, que con el Tlapanhuehuetl de Malinalco han recorrido el mundo como muestra del arte prehispánico. Llamaba la atención en Toluca la actividad del Sr. José García Payón que, además por su acento extranjero, el público confundía con cualquier extravagante buscador de tesoros. Durante los años del Gobierno del Coronel Filiberto Gómez se familiarizó con las ruinas arqueológicas del Estado sobre las que escribió de vez en cuando, artículos que acogieron los Anales del Museo Nacional de Antropología e Historia y algunas otras publicaciones nacionales y locales. Durante ese mismo período publicó un trabajo en los Talleres de la Escuela de Artes y Oficios sobre el chocolate, que llamó *Amoxocotl*, reuniendo lo que se proponía como estudio sobre la cultura de los habitantes del Valle de Toluca: Tecaxic-Calixtlahuaca y Los Matlatzincas o Pirindas, publicada esta última, por entregas, en el Diario El Nacional, cuando lo dirigía el señor D. Gilberto Bosques. Los estudios arqueológicos en 1930 en nuestro país estaban en manos de autodidactas, algunos de ellos muy meritorios, como el Dr. Gamio. No existía la Escuela de Antropología y

quienes se dedicaban a la arqueología eran aficionados que principalmente coleccionaban "cacharros" prehispánicos, aunque desde la época de Lorenzo de Zavala el Estado de México contaba con gentes como don Isidro Rafael Gondra, empeñados en reunir los restos de la cultura de los primitivos habitantes de México.

Era evidente que don José García Payón tenía pasión por su trabajo y que para desempeñarlo contaba con el conocimiento de los idiomas inglés y francés que hablaba junto con el español pues se sabía en Toluca, que era originario de Nuevo México e hijo de madre francesa. Armado con su entusiasmo y capacidad nos dio entre otros trabajos de esa época, la Guía para visitar Malinalco, escrita en inglés y en español y la obra que ahora reeditamos bajo el título de "Monumentos Arqueológicos de Malinalco" cuya calidad científica no necesita ser mayormente ponderada.

Una bibliografía exhaustiva del señor García Payón no sería adecuada para esta introducción. Baste recordar que le correspondió poner en marcha las investigaciones del pasado remoto de nuestra tierra que, por coincidencia, sólo fueron emprendidos nuevamente, después de años de haber sido olvidadas, por el Profr. Carlos Hank González a quien cupo el honor de auspiciar la exploración de Teotenango, en que contó con la colaboración del Instituto Nacional de Antropología, que comisionó al Dr. Román Piña Chan quien varios años antes, en unión de su esposa la arqueóloga Beatriz de Piña Chan, había dirigido las exploraciones importantísimas de Tlapacoyan que, de todos modos, no han tenido la repercusión que tuvieron las exploraciones y los trabajos que de 1930 a 1940 llevó a cabo el Sr. D. José García Payón, en el Estado de México, donde se encuentran situados los Monumentos Arqueológicos de Malinalco que algún día volverán a ocupar la atención pública con la misma intensidad con que se ocupó el extraordinario *Tlapanhucuetl*, al que antes aludimos.

Quienes tengan la oportunidad de pasar sus ojos sobre el im-

portante trabajo del señor García Payón que reeditamos, no encontrarán ninguna exageración en la comparación que hace entre los Monumentos de Malinalco y los templos monolíticos de Ellora, en las montañas de Hadebarad, en el sur de la India o con los monumentos de la "misteriosa ciudad color de rosa" de Petra en Wadi-el-Araba en el gran Valle que se encuentra entre el Mar Muerto y el Golfo de Akaba o por último con los templos monolíticos de Ipsambul en la margen izquierda del Río Nilo.

Los Monumentos monolíticos de Malinalco tienen, en verdad, una extraordinaria belleza que se asocia a la grandiosidad del paisaje. Malinalco mismo, es una población amable y dulce, llena del encanto de las aldeas de nuestra tierra caliente donde la vegetación, pródiga en frutos, invita al descanso.

El trabajo monográfico que agregamos ahora a los ya publicados por la Biblioteca Enciclopédica del Estado de México a pesar de sus aspectos técnicos, expresa la grandiosidad de los monumentos de Malinalco, en donde siguen apareciendo otros muchos objetos arqueológicos de gran valor artístico y cultural que, lamentablemente, cuando no son destruidos han pasado a poder de particulares o viajado al extranjero clandestinamente.

Los lectores de este trabajo que hasta ahora a pesar de su valor científico, era poco conocido advertirán que el señor García Payón allegó cuanto le fue posible para ubicar históricamente los monumentos arqueológicos de Malinalco, a los que agregó, como era natural, la descripción y el estudio del famoso *Tlapanhucuetl* sobre el cual, otras personas sin dar crédito al señor García Payón, han repetido los datos que originalmente aportó el Dr. Eduardo Seler en el estudio publicado en inglés bajo el título de *The Wooden Drum of Malinalco*.

Aspira la dirección de la Biblioteca Enciclopédica del Estado de México no sólo a rescatar el trabajo del señor García Payón, sino a acrecentar el interés de todas las personas y de los gobiernos federal y estatal sobre la importancia de esos monumentos

tan extraordinarios y hermosos, independientemente de que pertenezcan o no a la cultura azteca, como opina el señor García Payón, o de que pertenezcan a una cultura anterior del período que ha sido llamado clásico.

Baste lo anterior para ponderar el trabajo injustamente olvidado de don José García Payón, cuya reedición ojalá sirva para impulsar nuevos estudios y nuevas exploraciones en una región que a pesar de su gran riqueza arqueológica, apenas develada, no se conoce o se conoce poco. Malinalco será, muy pronto, un lugar tan famoso por sus Monumentos-arqueológicos como lo son Teotihuacan, Teotenango y la propia Calixtlahuaca que se asocia siempre al nombre del arqueólogo José García Payón.

LOS MONUMENTOS ARQUEOLOGICOS DE MALINALCO

por

JOSE GARCIA PAYON



CONTRIBUCION A LA V
FERIA DEL LIBRO DEL

GOBIERNO DEL ESTADO DE MEXICO
MEXICO, 1947

BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN | 5 |
| DATOS PRELIMINARES. | 7 |
| PRIMERA TEMPORADA DE EXPLORACIÓN, 1936 | 13 |
| DESCUBRIMIENTO DE LA PINTURA MURAL | 19 |
| OTRAS EXPLORACIONES, 1937-1939 | 21 |
| DESCRIPCIÓN DE LOS EDIFICIOS | 25 |
| INTERPRETACIÓN DE LOS EDIFICIOS | 34 |

*LOS MONUMENTOS ARQUEOLOGICOS DE MALINALCO,
ESTADO DE MEXICO*

Por JOSÉ GARCÍA PAYÓN.

Introducción

ENTRE las misteriosas y pretéritas reliquias de nuestro México prehispánico nada sobrecoge tanto nuestra imaginación, por su sorprendente y atrevida arquitectura, como los edificios arqueológicos de Malinalco, Estado de México, que me cupo en suerte explorar en diversas temporadas entre los años de 1936 a 1939.

Dicha región, cuyos restos arqueológicos arrancan desde los primeros años de la Era Cristiana, se encuentra al Sureste de la capital de la República en donde la Mesa Central efectúa su primer descenso hacia los trópicos; y al Este de la risueña población de Tenancingo, en donde al salir del verdoso valle que lleva el mismo nombre se llega a través de la cordillera a la cumbre de Matlalac, donde súbitamente se encuentra uno frente a una imponente bajada, desde donde sorprende al peregrino un grandioso escenario formado por altísimas montañas de gigantesca formación geológica de formas caprichosas, majestuosas, lejanas e inaccesibles que como un rosario sirven de fondo por el Oeste, Norte y Sur al fértil valle y encantadora población y convento (funda-

do por los agustinos en 1540) de Malinalco (1,765 ms. sobre el nivel del mar), todo lo cual da al panorama una majestuosa grandiosidad.



Sólo sintiendo este ambiente puede uno comprender el por qué los aborígenes eligieron este rincón de tierra rodeado de montañas acantiladas que sobrecogen la imaginación, para fundar en él uno de sus grandiosos y místicos templos palacios de águilas y tigres.

Fué debido a la visita que el entonces Primer Magistrado de la Nación, General de División Lázaro Cárdenas, efectuó a la citada población el 8 de diciembre del año de 1935, que los estudios prehispánicos cuentan con este importante centro arqueológico que por sus características constructivas únicas en el Continente Americano, sólo pueden equipararse con los famosos templos monolíticos de Ellora, construídos en las solitarias montañas de Hyderabad en el Sur de la India; también con Petra, la "misteriosa ciudad color de rosa", ciudad monolítica y de encanto labrada en

[6]

el flanco Este de Wadi-el-Araba, en el gran valle que corre del Mar Muerto al Golfo de Akaba y perteneció al imperio nabateano y también con los templos monolíticos de Abu-Simbel (Ipsambul) y de cultura egipcia existentes en la margen izquierda del Nilo, a 40 millas al Norte de Wady Halfa, pues todos ellos, junto con los edificios de Malinalco y unos pocos ejemplos de menor importancia en Suramérica, en el Perú, son los únicos edificios monolíticos en el mundo.

Datos preliminares

Desde luego la palabra Malinalco es voz claramente mexicana, es decir, del idioma náhuatl. El término se deriva de la palabra *malinalli*, que se traduce por "yerba retorcida" y se refiere a una planta gramínea llamada vulgarmente "zacate del carbón", porque con ella se hacen las sacas del carbón y las cuerdas o mecates con que las atan; mientras que el etimologista doctor Antonio Peñafiel le da la interpretación de "lugar de la Malinalxóchitl", e igual escribe el mexicanista Cecilio A. Robelo, quien nos dice que "a juzgar por el jeroglífico de este lugar (fig. 1) el



Fig. 1.—Jeroglífico de Malinalco: M, Códice Aubin; A, Libro de Tributos; C, cordillera de los pueblos, etc., en Lorenzana; B, Códice Mendocino.

nombre es una abreviación de Malinalxochco, divinidad hermana del dios Huitzilopochtli, y se compone de Malinalli, Xochitl, flor y de co, en, y significa donde se adora a Malinalxóchitl, "la flor del malinalli".

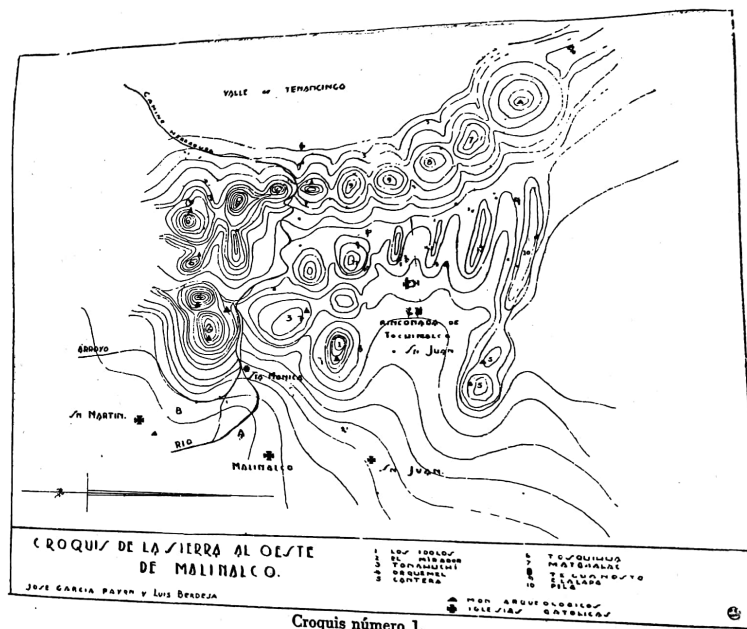
[7]

Como las excavaciones han demostrado que la cultura azteca muy poca influencia tuvo en la cultura de la región, y ésta se redujo a unos cuantos años anteriores a la conquista española, cabe desechar la leyenda que refiere la peregrinación azteca, la que ha sido aprovechada por varios escritores que han considerado que en Malinalco los aztecas abandonaron a la hermana de Huitzilopóchtli, la Malinalxóchtli, y que de aquí se originó el nombre de dicho poblado.

La actual población se encuentra dividida en diecisiete barrios y se tiene noticia de otro que se despobló a mediados del siglo pasado. Los nombres de dichos barrios son los siguientes: San Juan, San Martín, San Guillermo, La Soledad, San Nicolás, Jesús María, El Aguacate, Platanar, Santa Mónica, Santa María, San Andrés, San Pedro, San Sebastián, San Simón, Jalmolonga, Santa María Zoquia, Nicolás Bravo y el desaparecido que tenía el nombre de Santiaguito. La supervivencia de estos barrios no puede menos que hacernos recordar el antiguo sistema de organización política de los matlatzincas y aztecas, por lo que es muy probable que el antiguo sistema de la división territorial de Malinalco, en los tiempos precortesianos, haya sido de veinte pingueti o calpulli, por lo que estos diecisiete sean los restos de esta antigua división territorial, como lo demuestra el hecho que al actual barrio de Santa Mónica pertenece una parte de la zona arqueológica a que me voy a referir y que a dicho barrio perteneció desde la época de la conquista el famoso tlalpanhuehuetl de Malinalco, del que hablaré más adelante.

En los alrededores de Malinalco varios sitios geográficos han conservado sus nombres primitivos, todos ellos referentes a los cerros que rodean dicha población sobre los que abundan los vestigios arqueológicos; éstos son los siguientes (véase croquis número 1):

Tozquihua: este nombre se deriva de tozquitl, voz, y del subfijo ua, que indica posesión. Entonces el significado de este nom-



Croquis número 1.

bre es "lugar de Tozquihua", el que tiene voz, como Mixcoac es lugar del caudillo y deidad Mixcoatl. Esto parece significar que en cierta época un caudillo con este nombre vivió en dicho lugar o bien que como se trata de un cerro y su significado es "el que tiene voz", resultaría que fuera el eco; sin embargo, debido a la existencia de monumentos arqueológicos en el cerro en cuestión me atengo al primer significado.

Tonatic: probablemente se trata de un apócope de Tonatixco o Tonatiuh-ixco, el Oriente. También puede venir de Tonicitl; tonan, nuestra madre, y ticitl, médico, brujo, partera, etc., etc.

Horqueme: en náhuatl no existe ni la R ni la H inicial; en consecuencia el nombre debe ser olquemé, palabra formada de tres elementos: ol-li, hule; quém-it y é y significa "el-que está-vestido de hule". Posiblemente se trata de una denominación de Tláloc o de los Tepitotón, cuyas imágenes se adornaban con paños teñidos con la resina del hule.

Tetepantla: se deriva de tepantli o tepamitl, pared, muro, muralla, barrera, que aquí sufre una duplicación, tetepantli, y luego recibe la posposición tla, que indica abundancia; por lo tanto, su significado es "abundancia de murallas".

Metlalac o Matlac: el primero significa "en el agua azul": matlál-tic-a-tl-c y el segundo "lugar de redes": matlatl.

Tlamanilan: creo que la palabra correcta ha de ser Tlalmantlan, que procede de tlalmantli: tierra nivelada, aplanada, dice Remi Simeon; por lo tanto, significa "en la tierra plana o aplanada".

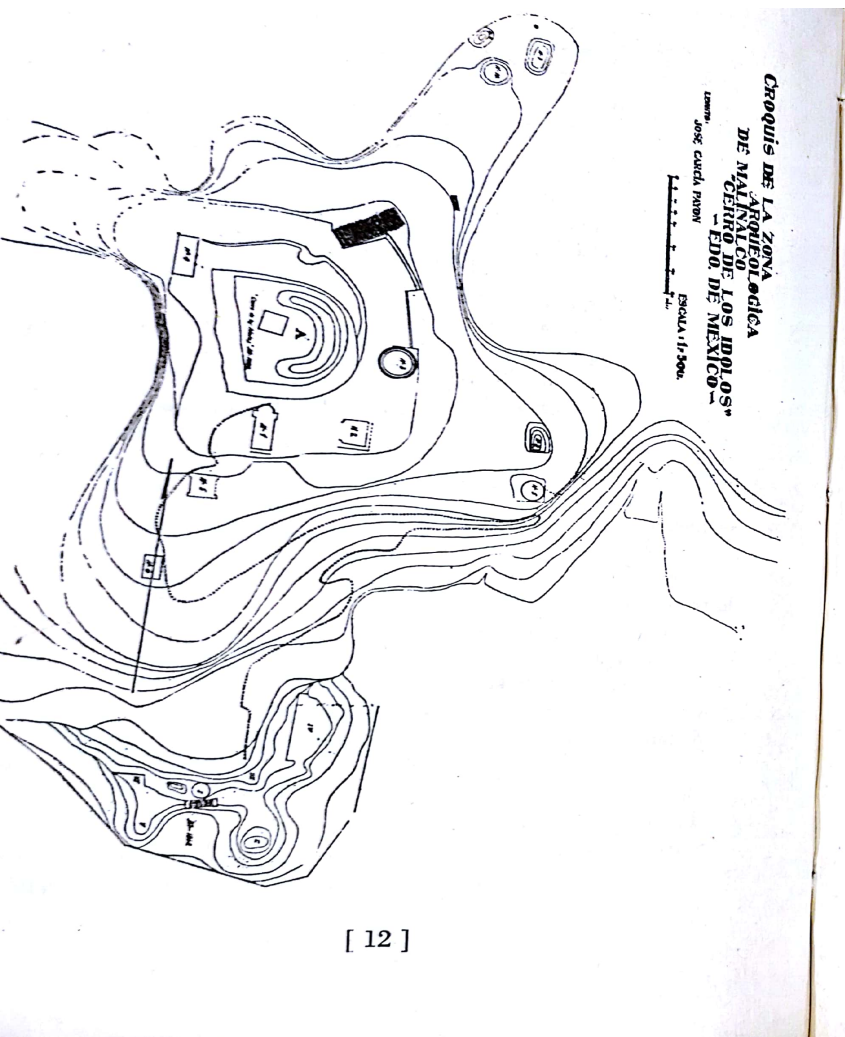
Tenacaxco: debe ser tenacazco, de tenacaztli, piedra tallada para formar el ángulo de una pared.

Directamente dominando la población de Malinalco y al Oeste de la misma, sobre un cerro acantilado formado de roca basáltica tocosa y a la altura de 1,860 metros sobre el nivel del mar o sea 95 sobre el piso de la plaza de dicha población, a medio cerro

(fig. 2), sobre una pequeña explanada un tanto irregular que fué ensanchada en la época prehispánica por medio de obras de terracerías por los antiguos pobladores del lugar, se encontraban los vestigios de un edificio arqueológico (fig. 3) que había dado margen por lo inusitado de su forma a muchas cavilaciones literarias, pues se trataba de la parte delantera de una pseudopirámide adosada al cerro y labrada directamente dentro de la roca maciza, que estaba en sus partes esenciales cubierta con azolve y vegetación. En la parte superior se veía un depósito circular practicado en la peña, también en gran parte relleno de azolve y cubierto de vegetación y sobresaliendo en su parte delantera unas figuras esculpidas, pero deterioradas, y a la entrada del recinto, los restos de un relieve del que sobresalían dos grandes ojos. El señor Obispo Plancarte, que visitó varias veces estas ruinas, en su obra titulada *Tamoanchan* (1905) manifiesta que se trata de los restos de un adoratorio a Xiuhtecuhtli, el dios del fuego de los mexicanos, mientras que el profesor Enrique Juan Palacios (1925) opinaba que el ahuecamiento circular podía ser una fuente consagrada a Tláloc, y el relieve de la fachada probablemente representaba al dios de la lluvia.

Además de estos primeros vestigios arqueológicos, en la parte superior del Cerro de los Idolos, nombre con el cual se designa en la región a esta montaña, que tiene una altura de 215 metros sobre el nivel de la población, dividida en tres mesetas a diferentes alturas, la superior más espaciosa, se encuentran los restos de grandes terrazas en cuyos lugares más prominentes existen vestigios de varios edificios de plantas circulares y rectangulares, siendo de tamaño considerable el semicircular que sirve de remate al cerro, formando una especie de torre monumental (croquis número 2).

La topografía del Cerro de los Idolos nos revela que en la antigüedad, como también sucede en Tecaxic-Calixtlahuaca, Teotihuacan, Sultepec, etc., se hallaba dividida en los lugares menos



[12]

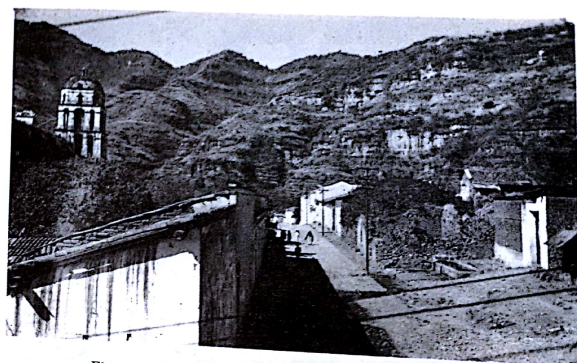


Fig. 2.—Vista de la cordillera al Oeste de Malinalco, Méx.

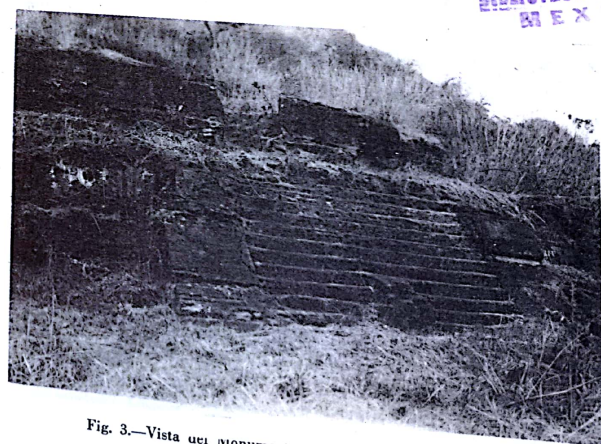


Fig. 3.—Vista del monumento antes de iniciar la exploración.



Fig. 4.—Zanja de escurrimiento de las aguas de lluvia.



Fig. 5.—Zanja de protección para recoger las aguas que bajaban del cerro.

escabrosos, por series de terrazas que se sucedían elevándose unas sobre otras, aprovechando la elevación natural del suelo, sobre las cuales sus moradores construyeron sus habitaciones, y ocupando los sitios más sobresalientes de estas terrazas se encuentran los principales edificios de esta antigua ciudad indígena, siendo la más moderna la terraza de medio cerro con el edificio monolítico y sus anexos.

De todo esto se desprende que el factor principal para la elección de sitios adecuados para fundar poblaciones entre los matlztincas fueron los elementos naturales de defensa, esto es, una adecuada topografía que les permitiera defender sus poblados con un mínimo de esfuerzo humano y mayor facilidad.

Abandonado el sitio desde principios del siglo XVI, en que las fuerzas de Cortés bajo el mando de Andrés de Tapia tomaron la población, destruyendo y prendiendo fuego a sus edificios, muchas de estas terrazas se fueron destruyendo por los deslaves, y el material de construcción de los edificios y de las terrazas fué profusamente empleado por los primeros misioneros, quienes, basándose en la orden del 23 de agosto de 1538¹ con ello edificaron (en gran parte) el convento de Malinalco, que fué fundado por los agustinos en 1540 y costado casi en su totalidad por un tal Cristóbal Rodríguez.

Primera temporada de exploración, 1936

Habiendo sido comisionado a principios del año de 1936 por el entonces Departamento de Monumentos (sección de Monumentos Prehispánicos), hoy Instituto Nacional de Antropología e His-

¹ Icaza, Francisco de, *Miscelánea Histórica* (Revista Mexicana de Estudios Históricos, 1, 2, núm. 2. México, 1928). "Núm. 145. En 23 de agosto de 1538, se res-
ponde al Obispo de México y otros que el Virrey derribará los *cúes* sin escándalo
en los naturales, y la piedra será para las iglesias y monasterios..." Archivo de In-
dias, 87-6-1, libro 3, folios 159 y 160-167. F. 338 Vol.

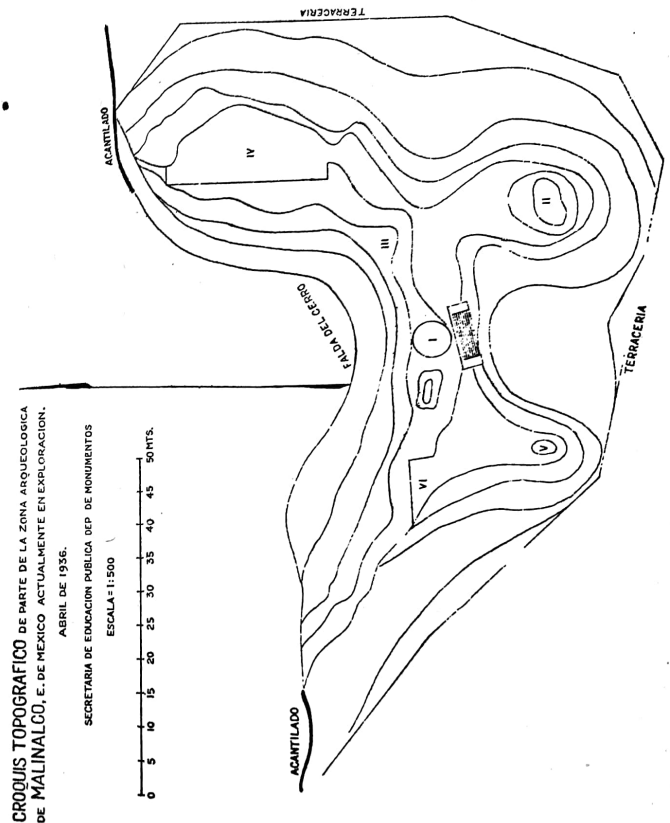
toria, dependiente de la Secretaría de Educación Pública, para llevar a cabo la exploración, el día 23 de marzo se inauguraron los trabajos principiando por tirar los árboles y quemar toda la espesa vegetación que cubría la zona, para escoger de este modo el lugar que nos diera lo más pronto posible los mejores resultados. Después de una minuciosa exploración determiné iniciar los trabajos en el monumento estudiado por Plancarte y Palacios, es decir, el monolítico, debido a que sus características constructivas ofrecían los mejores augurios de su pronto y satisfactorio resultado; además, que en el mismo sitio, efectuada la limpia, se encontraron vestigios de otros dos monumentos monolíticos marcados en el croquis topográfico con los números IV y VI, y otros tres de mampostería marcados con los números II, III y V, formando el total un conjunto de construcciones aisladas del resto de la zona arqueológica en la cima del cerro (véase croquis número 3).

Se principiaron los trabajos en la parte superior del monumento monolítico en el sitio que consideraba correspondía al emplazamiento del techo del templo, para ir poco a poco bajando en uno de sus laterales, al Este (en el opuesto continúa el cerro), para cerciorarme si quedaban algunas huellas de la forma original del arranque del techo.

En la parte superior del monumento, es decir, alrededor de la oquedad, hallamos una zanja labrada en la misma roca, con un diámetro que varía de 58 a 63 centímetros y una profundidad de 35 a 45 centímetros (fig. 4), que servía de escurrimiento a las aguas que bajaban de la azotea del templo y al mismo tiempo podía servir, debido a su amplitud, para recibir el sobrante de las aguas de lluvia que en días de tempestad escurrían de la falda del cerro, en donde a una mayor altura encontramos otra zanja de menor tamaño labrada en la roca, que sigue las sinuosidades del cerro en toda la amplitud del conjunto de los edificios de este centro (fig. 5).

Entre la orilla superior de la oquedad y la zanja de escurri-

[14]



[15]

miento que rodea el santuario, fueron hallados varios restos de construcción amarrados con cal y tierra, con la cara principal de piedra labrada de tezontle rojo mirando hacia el interior del templo, todas ellas muy inseguras debido a las raíces que habían aflojado todo el conjunto, y como amenazaban desmoronarse y caer sobre los peones que iniciaban la exploración en el recinto redondo, éstas fueron removidas. Esto nos demuestra que la pared del santuario originalmente era más alta y por lo tanto la sección superior que servía de sostén al techo era de mampostería (fig. 4).

El interior del santuario se hallaba relleno de derrumbes y azolve en un grosor de dos metros poco más o menos, sobre todo al fondo; durante el curso de su limpieza que se efectuaba con sumo cuidado, encontramos un buen número de piedras talladas de tezontle rojo que provenían de la pared superior, y un conjunto de 18 piedras labradas de forma cónica con un agujero circular y espigas.

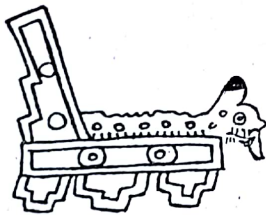


Fig. 8-bis.—Códice Borgia.

En el piso del templo encontramos una especie de banqueta que rodea el interior del recinto, en forma de hemicíclo, y en él dos águilas y entre ambas, precisamente en el centro de la banqueta, un ocelotl. En el centro del recinto fué hallada otra águila en la misma actitud que las anteriores, y atrás de ella un agujero redondo, con tapa (figs. 6, 7, 8 y 9).

A lo largo de la pared del santuario y labrados también en la

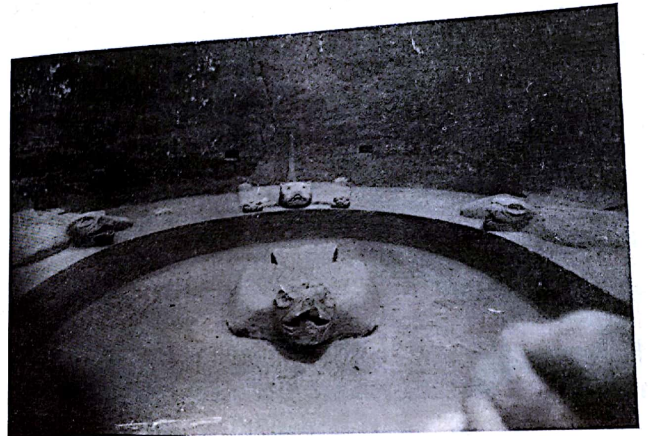


Fig. 6.—Vista del interior del santuario desde la puerta.

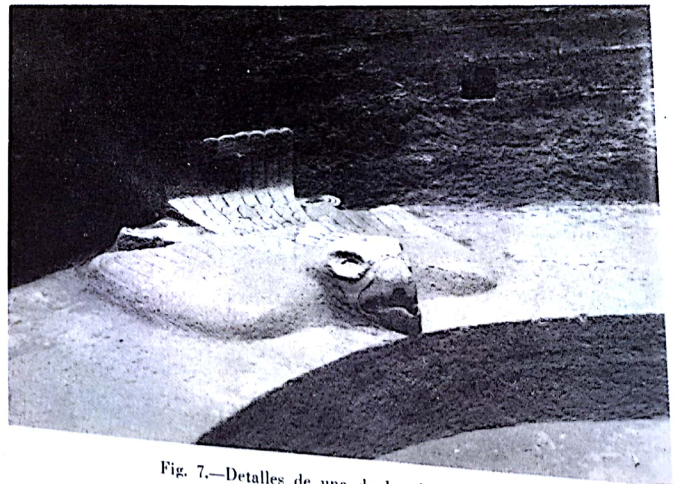


Fig. 7.—Detalles de una de las águilas.



Fig. 8.—Detalles del ocelotl.



Fig. 11.—Simbólico tlalpanhuehuetl.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

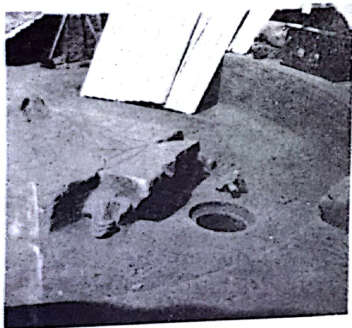


Fig. 9.—Agujero circular en el santuario.



Fig. 10.—Cabeza de serpiente con escama en forma de puntas de dardos.

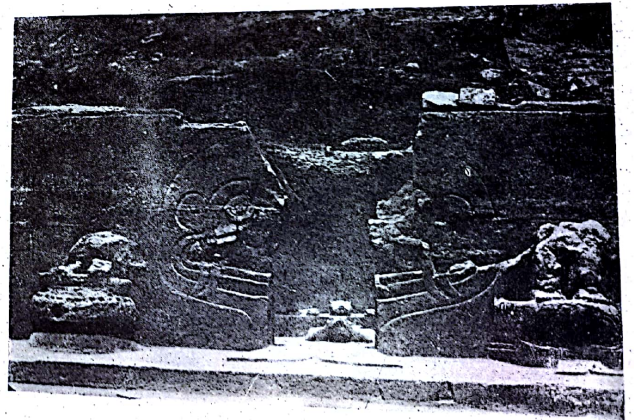


Fig. 11-bis.—Vista de la puerta del santuario.

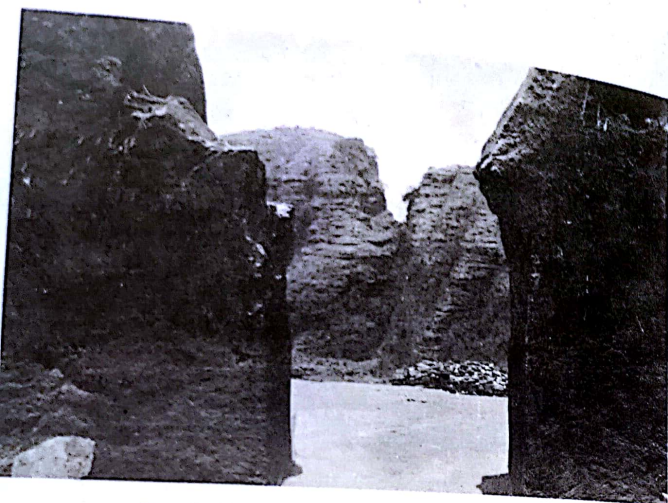


Fig. 12.—Vista interior de la puerta del santuario.



Fig. 13.—Unos de los agujeros que sostenían la cortina que cerraba la entrada al santuario.

roca, encontramos seis agujeros rectangulares sin huella de materiales.

Al proseguir la exploración fuera del recinto del templo, sobre la terraza, aunque la capa de azolve y derrumbe era más delgada (este sitio había sido explorado en 1925) pues sólo llegaba hasta los pies de las esculturas a que me voy a referir, no dejaron de encontrarse materiales de construcción consistentes en piedras labradas de tezontle rojo que se habían desmoronado de la parte superior de la fachada, lo cual comprobaba una vez más, que tanto la fachada como el santuario tenían originalmente un techo más alto, quiero decir, que encima del conjunto monolítico erigieron una pared de mampostería. Al pie de la puerta encontramos tendida una enorme lengua bifida. Al Este de la puerta fué hallada la hermosa escultura de una cabeza de serpiente sobre la cual descansan los restos de una estatua (fig. 10). Al otro lado de la puerta, es decir, al Oeste, se encontró otra escultura en forma de un enorme pedestal (simbólico tlalpanhuehuetl), sobre el cual descansa el resto de una estatua colocada en idéntica forma que la anterior (figs. 11, 11-bis y 12).

Antes de describir algunos detalles de la exploración del frente de la pseudopirámide, referiré que en el sitio que corresponde a las jambas en su parte interior, fueron encontrados tanto en las secciones inferiores como en las superiores, unos agujeros labrados en la roca, semejantes a los encontrados en Teotihuacán, y es lógico suponer sirvieron para sostener una cortina (fig. 13).

Como puede verse por la fotografía número 3 tomada antes de la exploración y las números 14 y 15 posteriores a la exploración, sobresalen en el centro de la escalinata los restos de una escultura cuyos pies llegan a flor de tierra. Al explorar ese sitio comprobamos que continuaban las escaleras, las que forman un total de trece peldaños. Descubrimos todo el frente hasta llegar a los ángulos formados por las alfardas en las que encontramos los restos de unas esculturas que fueron destruidas a propósito, repre-

sentando ambas unos enormes ocelotl descansando sobre las patas traseras (fig. 16), y atrás de la escultura del lado Este se encontró una cabeza de serpiente, algo destruída, representando una xiuhcóatl (fig. 17).

Al continuar las exploraciones del lado Oeste tropezamos con montones de cascajo, entre los cuales hallamos buen número de trozos de cinceles de roca de andesita, lo que nos comprobó que al suceder la destrucción de este edificio todavía se continuaba su construcción del lado Oeste (fig. 18).

Concluída esta primera fase de la exploración proseguimos con los montículos II y III, entre los cuales se encuentra un pasillo que separa ambas estructuras (fig. 18-bis), donde hallamos en medio del escombro de los derrumbes dos interesantes ídolos labrados de basalto casi completamente cubiertos con su capa de pintura original, amarillo-salmón, con huellas de manchas negras en la cara; ambos llevan narigueras y en la cabeza el aztaxelli; trátase por lo tanto de dos representaciones de la deidad Mixcoatl (fig. 19).

En todo el rededor del montículo número II hallamos un gran número de clavos labrados en basalto, pintados de blanco, los que procedían de la fachada de la misma estructura, y al Este del mismo el basamento de una pequeña construcción circular que también se hallaba rodeada de clavos.

Durante la exploración de las estructuras III, IV y V no encontramos ningún objeto arqueológico digno de mencionarse (no me refiero aquí a los tepalcates que íbamos juntando); sólo pudimos comprobar que los techos de las estructuras IV y sus anexos, y el V, originalmente fueron planos y de mezcla; esto es, que sobre un armazón de vigas sostenidas en el primer caso por pilares, por las paredes laterales y por la del fondo, y en el segundo (estructura V) por las paredes, se coló una gruesa capa de mezcla compuesta de cal y arena; en cuanto a la estructura marcada en

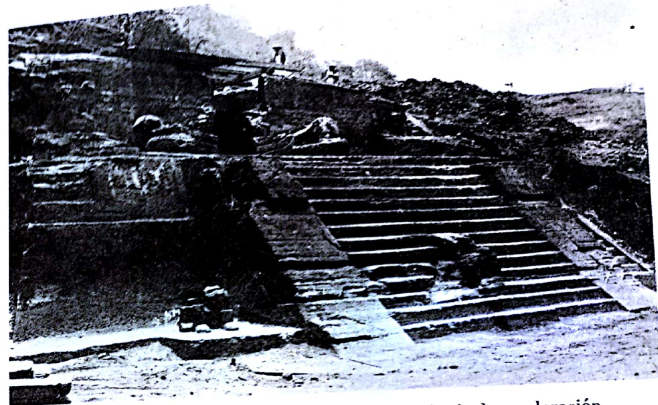


Fig. 14.—Vista del frente del Monumento después de la exploración.

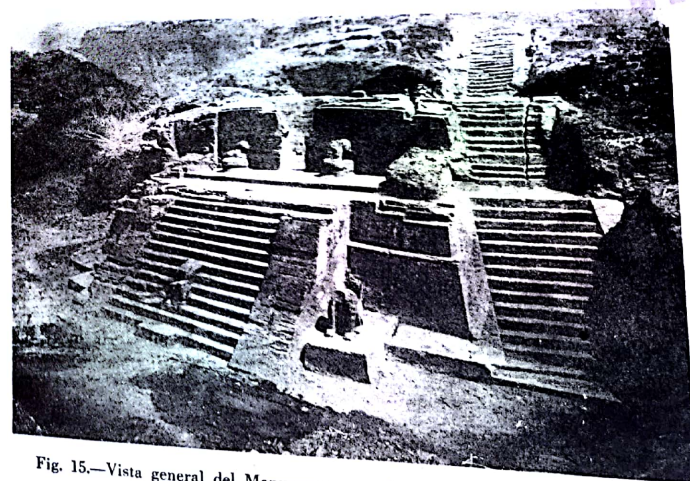


Fig. 15.—Vista general del Monumento monolítico al terminar la exploración.



Fig. 16.—Restos de una de las esculturas representando un *ocelotl*.



Fig. 17.—Cabeza de serpiente.



Fig. 18.—Edificio núm. VI, en construcción al verificarse la conquista de México.

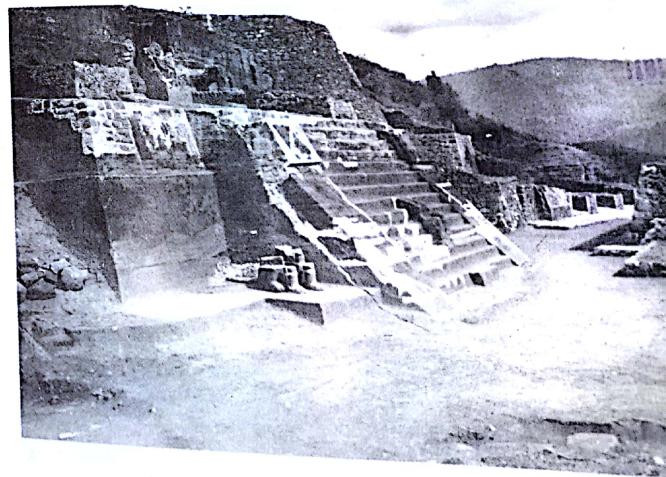


Fig. 18-bis.—Pasaje entre las estructuras II y III.



Fig. 19.—Idolo representando la deidad Mixcoatl.



Fig. 20.—Vista parcial de la zona.

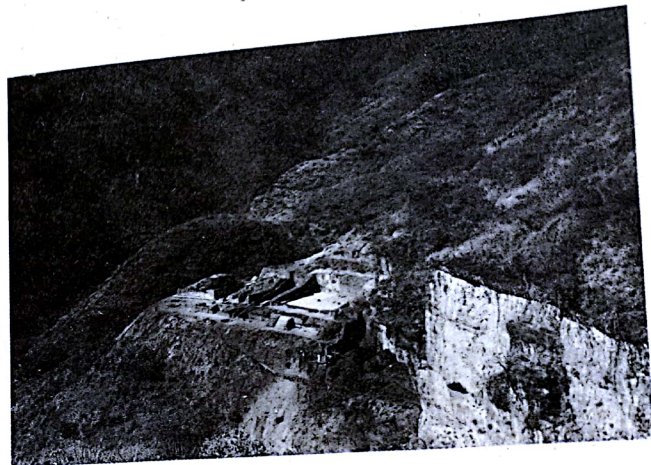


Fig. 20-bis.—Otra vista de la zona.

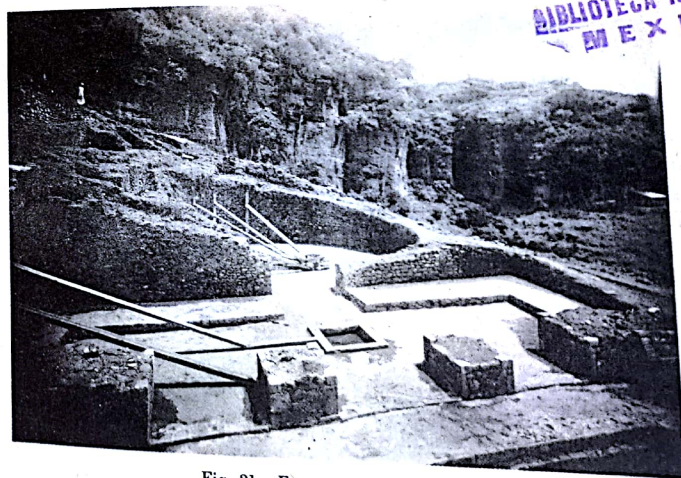


Fig. 21.—Estructura núm. III.



Fig. 22.—Estructura núm. IV antes de su exploración.

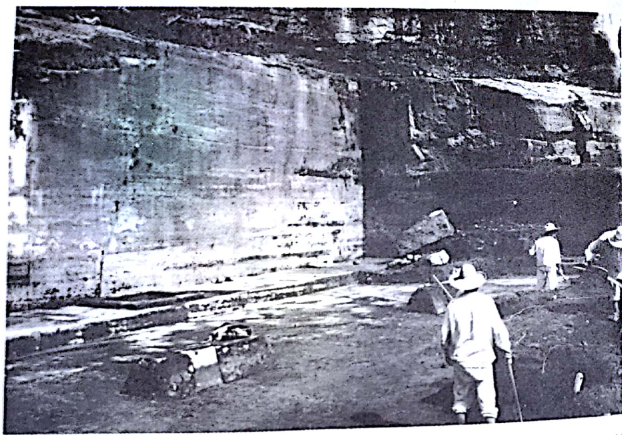


Fig. 23.—Interior del Monumento núm. IV, lado Noreste, después de su exploración.

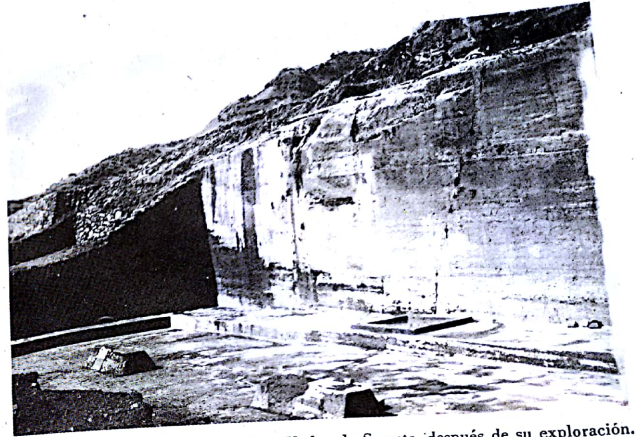


Fig. 24.—Interior del Monumento núm. IV, ángulo Sureste, después de su exploración.



Fig. 25.—Lado Oriente del Monumento núm. IV.

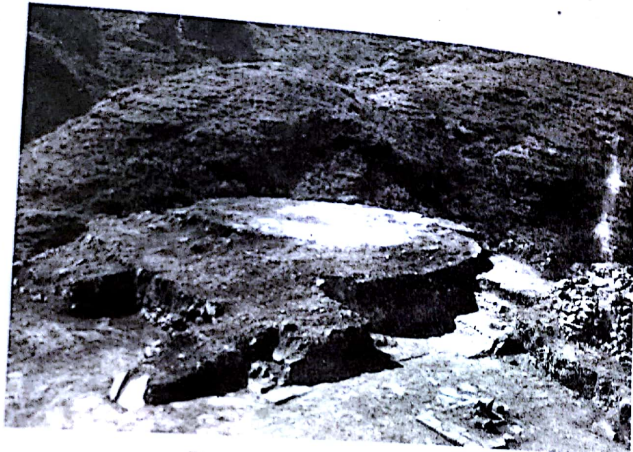


Fig. 26.—Restos del edificio núm. V.

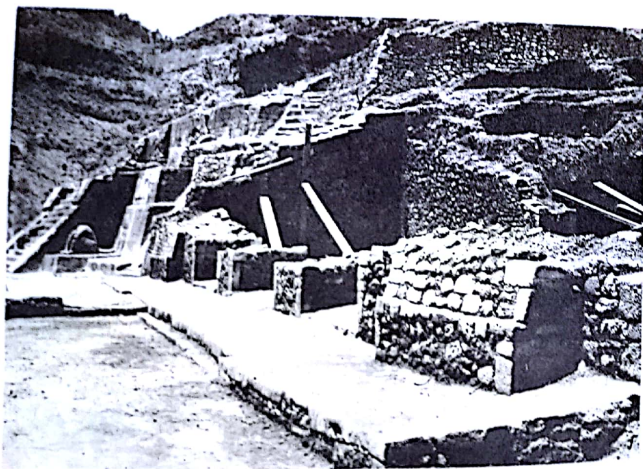


Fig. 27.—Edificio núm. III. Detrás de la pared retrancada fué posteriormente descubierta la pintura mural.

el croquis con el número VI, pude corroborar que se hallaba todavía en construcción al momento de la destrucción de Malinalco.

Al concluirse las exploraciones, la citada sección de la zona arqueológica presentaba el siguiente aspecto (plano número 4):

Monumento número I.—Pseudopirámide adosada al cerro con santuario circular; construcción monolítica.

Monumento número II.—Pirámide truncada, en mal estado de conservación; construcción de piedras con amarre de lodo y cal (figs. 20 y 20-bis).

Monumento número III.—Edificio de dos aposentos, el primero rectangular, el segundo circular; construcción similar al número II (fig. 21).

Monumento número IV.—Amplio edificio con varios cuartos anexos, con pisos y paredes en gran parte monolíticas (figs. 22 a 25).

Monumento número V.—Edificio circular, en mal estado de conservación; construcción de piedras labradas con amarre de lodo y cal (fig. 26).

Monumento número VI.—Edificio monolítico sin concluir (fig. 18).

Descubrimiento de la pintura mural

Durante la exploración de la estructura número III, me llamó la atención que la pared lateral Oeste de este aposento, en lugar de hallarse construida como todo el resto del edificio, de piedras a medio cortar amarradas con lodo y cal, el todo recubierto de una delgada capa de estuco, fuera construida de anchos ladrillos de adobes sin huellas de raíz, de dos diferentes tamaños, los primeros de $51 \times 28.5 \times 10$ centímetros, y los segundos de $47 \times 30 \times 11$ centímetros, con amarre de lodo, muy irregular, de un grueso de 2 a 5 centímetros, y un extraordinario de 35 centímetros, adosados a la pared de piedra. Ambas paredes se halla-

ban en estado ruinoso y bastante desplomadas, especialmente la de adobe que por una altura de tres metros tenía un desnivel de cincuenta centímetros. Temiendo que ésta se nos desmoronase, pues nos encontrábamos en plena época de lluvia, fué reforzada con unos retranques (fig. 27).

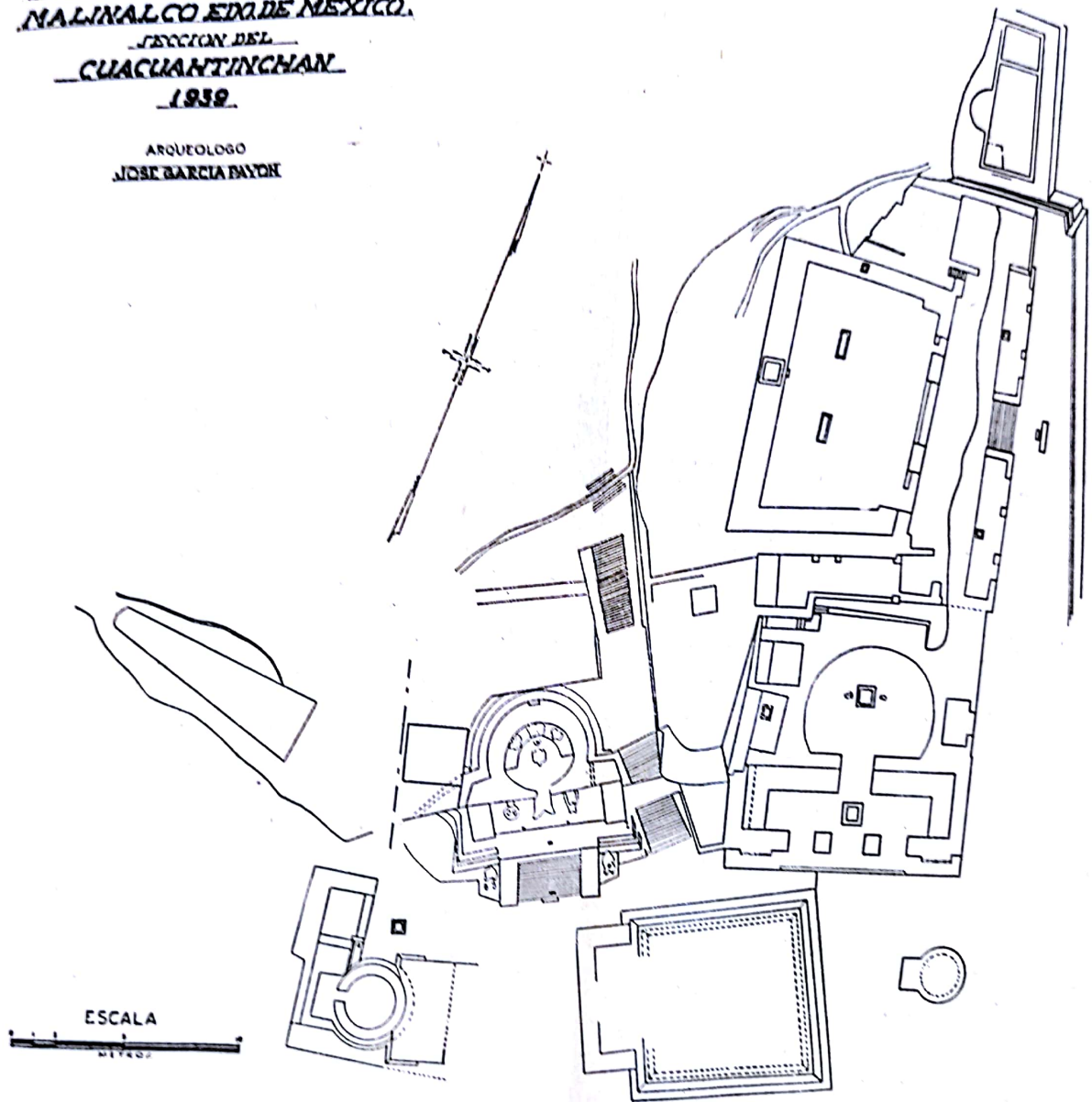
Debido a los fuertes aguaceros y vientos, durante la noche una parte de la pared de adobe se cayó, dejando a descubierto varios trozos de pintura mural sobre un delgado aplanado de estuco directamente colocado sobre el lodo de amarre de las piedras de la pared. Como se trataba de una pintura que no podía cepillarse, ni tocarse con agua por borrarle con la mayor facilidad, inmediatamente se le recubrió, con la ayuda de un soplete, de una capa de duco transparente, con todo y las manchas de lodo que la recubrían, y se prosiguió a desmontar todo el resto de la pared de adobe para salvar la pintura mural que se estaba desmoronando y se le dió el mismo tratamiento. Pasada la temporada de lluvia, con mucho esfuerzo y cuidado se fueron limpiando las pinturas de las manchas de lodo, se inyectó la pared y las partes traseras del estuco con cemento y se salvó todo lo que se había encontrado de esta interesante pintura mural. Esta fué posteriormente recubierta de una gruesa capa de barniz transparente duco y más tarde el artista y arqueólogo Miguel Angel Fernández hizo su reconstrucción (fig. 28).

En cuanto al origen de los colores utilizados por los indígenas para la elaboración de esta pintura, fueron analizados por el Instituto Geológico Nacional dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México, por el profesor Rodolfo del Corral, quien llegó a la conclusión que éstos eran de origen mineral y contienen los siguientes elementos.

| | | |
|---------------|---|--------------------------------------|
| Pintura roja: | { | Oxido de hierro, hematita, bastante. |
| | | Cloruro de sodio, regular. |
| | | Silicato de sodio, poco. |

ZONA ARQUEOLOGICA DE
NALINALCO EDO. DE MEXICO.
SECCION DEL
CUACUANTINCHAN
1939.

ARQUEOLOGO
JOSE GARCIA BAYON



Croquis 4.

| | | |
|-------------------|---|--------------------------------------|
| Pintura amarilla: | { | Oxido de hierro, limonita, bastante. |
| | | Cloruro de sodio, regular. |
| | | Silicato de sodio, poco. |

Otras exploraciones

Aunque desde la primera temporada por medio del estudio comparativo de la escultura aborigen (la que nos demuestra una sucesión de pasos que nos permite formar una definida relación cronológica cultural) había llegado a la conclusión de que las esculturas del templo monolítico, por su vigorosa simplicidad y firmeza llevaban en sí el sello inconfundible de la civilización azteca², durante las cortas temporadas de los años de 1937 y 1939 se llevaron a cabo varias excavaciones que tuvieron como finalidad buscar terrenos apropiados formados de depósitos naturales, para efectuar unas series de excavaciones estratigráficas naturales y artificiales, a efecto de fijar de una manera científica y exacta la secuencia cronológica de todas las estructuras de la zona, por medio de la cerámica encontrada en la región y proseguir los trabajos de conservación y exploración.

Para esto se efectuó una serie de sondeos y calas que han sido descritos en otro trabajo inédito, por lo que aquí sólo me limitaré a presentar, debido a la importancia que ciertos hallazgos representan para la interpretación histórico-mítica de los monumentos, un resumen de los resultados obtenidos en las excavaciones que se practicaron en las plazoletas y en el interior de la estructura número III. En ésta se practicaron dos sondeos, uno en el centro de la sección circular y otro en el rectangular. En ambos se procedió a romper el piso de cemento indígena; en la primera

² García Payón, José. *El edificio monolítico de Malinalco es de Cultura Azteca*. XXVII Congreso Internacional de Americanistas.

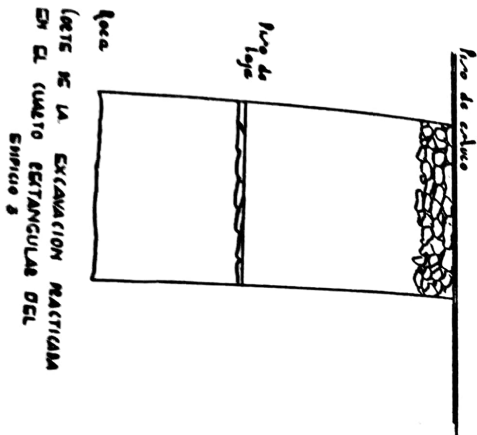
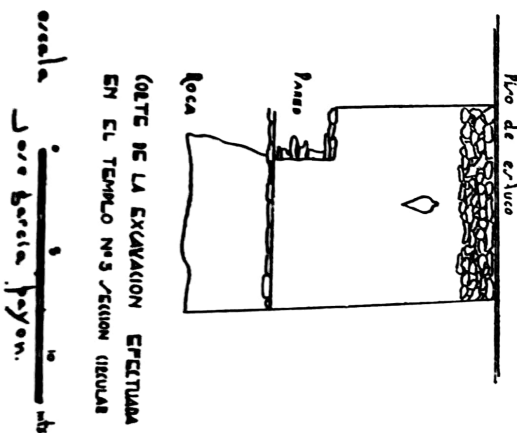


Fig. 29.



[22]

de estas excavaciones, a los treinta y dos centímetros, inmediatamente después del piso se halló un hermoso cuchillo de pedernal expresamente sujetado con mezcla en posición vertical (figs. 29 y 30) y más abajo fueron hallados en ambas excavaciones vestigios



Fig. 30.—Cuchillo de pedernal hallado en la sección circular del Monumento núm. III.

de una subestructura correspondiente a la última época matlatzinka, es decir, anterior al año de 1476. Las demás excavaciones demostraron que para obtener el espacio suficiente para formar las plazoletas, sus constructores iniciaron su labor desgajando la roca para formar las terrazas Sur y Oriente, y el frente de todas ellas fué después emparejado con rellenos de piedra y el todo sostenido por paredes de contención levantadas sobre las fuertes

[23]

pendientes de precipicios, y que todas las estructuras de este conjunto pertenecen al período que he denominado azteco-matlatzinca, es decir, posterior al año de 1476.

Estos datos se encuentran ratificados por las versiones históricas que nos proporcionan los *Anales Tolteca Chichimeca* de la Colección Aubin, y los códices *Telleriano Remensis* y *Aubin*, y las crónicas de Durán y Tezozomoc, que nos dan la fecha en que se principió y prosiguió la construcción de esta estructura que, como referí antes, no fué concluida, pues su elaboración fué iniciada a principios del siglo XVI, durante el gobierno de Ahuizotl, que falleció en 1502 y fué continuada por su sucesor Motecuhzoma Xocoyotzin hasta el año X Acatl, o 1515, que es la última fecha que encuentro se refiere a dicha estructura.

De estos datos se desprende que entre los años de 1487 a 1490 el entonces Tlatoani de Tenoxtitlán, Ahuizotl, en su marcha hacia el territorio del actual Estado de Guerrero, visitó la población de Malinalco que había sido conquistada en 1476 por Axayácatl, cuyo representante azteca era Citlacoaci, que lo recibió con festejos, en donde se le incorporó un ejército matlatzinca y mazahua y posiblemente ocuitelco, para acompañarlo en su campaña a fin de conquistar a los habitantes de la rica región cacaotera de Alahuiztlan, donde efectuada la conquista fueron trasladadas muchas familias aztecas y matlatzincas (estos pueblos creo que son los actuales matlames de J. Moreno y R. Weitlaner) para que cuidaran de las plantaciones.

Como bien conocido es el hecho que la táctica azteca era alterar la historia, idioma y costumbres de los pueblos conquistados para hacerlos aparecer como hermanos, para facilitar esta asimilación, gobernadores aztecas como Mozauhqui en Xalatlalco y Citlacoaci en Malinalco, se esforzaban en introducir costumbres aztecas en sus respectivas regiones y en levantar edificios para atraerse a sus subyugados, la primera fecha respecto a la construcción del edificio monolítico de Malinalco se refiere al año IX

Calli, o sea 1501, cuando Ahuizotl ordenó al gremio de los teltlepanque (labradores de piedras) se trasladaran a la población de Malinalco a labrar la piedra, y sea debido a la lejanía o a lo que es más probable, la constante hostilidad de los matlatzincas, muchos de los teltlepanque se rehusaron a salir para Malinalco y otros en el mismo lugar parece que, sirviéndonos de un término moderno, se declararon en huelga, la que terminó con el sacrificio del agitador. A la muerte de Ahuizotl, su sucesor Motecuhzoma Xocoyotzin, en IX Acatl, o sea 1503, volvió a repetir la orden para que se continuara labrando la roca en Malinalco, la que fué repitiendo anualmente hasta el año X Acatl, que corresponde a 1515.

Descripción de los edificios

Monumento número I.—En su totalidad, junto con sus accesorios, todo el monumento está tallado en la roca del cerro, que es una formación de toba conglomerada con vetas de tepetate, lo que hace que el monumento en algunas de sus partes sea delicado y necesite adecuada protección contra las erosiones. Puede decirse que todo el monumento forma un conjunto monolítico, es decir, un solo bloque, viniendo esto a demostrar que los pueblos antiguos de México, antes de levantar sus edificios, formaban planos detallados de los mismos, pues si bien tratándose de monumentos contruídos con piedras talladas, adobes, etc., muchas han sido las personas que negaron y todavía niegan que entonces no conocían la hechura de planos, por medio de este monumento queda desvirtuada esta falsedad, no obstante que los códices prueban lo contrario, porque en un conglomerado tal como lo formaba esta masa monolítica, era del todo imposible que los artífices que hicieron este monumento, iniciaran su trabajo sin un plano preconcebido, pues si bien en los edificios de mampostería se puede

modificar en algunas de sus formas la construcción, en éste era necesario el plano preliminar del trabajo para poder conocer, utilizar y distribuir el espacio que les concedía la roca, para desarrollar la construcción de esa enorme escultura.

Como se ve por la fig. 15, el frente representa la fachada de cualquiera otra pirámide de cultura azteca, estando ésta adosada directamente al cerro. Sus alfardas están provistas en sus partes superiores de una saliente semejante a las pirámides de esta cultura, y sus escaleras son bastante irregulares, como todo el conjunto general del edificio.

En el centro de las escaleras se encuentran los restos muy desmenuzados de una escultura que es imposible identificar, pero que, vista la forma que de ella queda, la posición de las piernas entre las que se encuentra una profunda oquedad, su especial situación y los restos del desprendimiento del cuerpo, creo lógico suponer se trata de un porta-estandarte más o menos semejante a la famosa figura del "indio triste" que se encuentra en el Museo Nacional de la ciudad de México.

En ambos lados de los ángulos formados por las alfardas y el cuerpo del edificio, se encuentran unas pequeñas plataformas irregulares sobre las que se hallan los restos de unos jaguares (ocelotl) de cuerpo entero y en actitud sedente. Ambas esculturas originalmente se hallaban revestidas de una capa muy delgada de estuco, como todo el edificio, y pintadas de un color amarillo-anaranjado con manchas negras redondas. El ocelotl del lado Este se halló sin cabeza, la que probablemente podrá encontrarse al extenderse las exploraciones a las terrazas de la parte inferior de la falda del cerro; en cuanto al ocelotl del lado Oeste se encontró muy destruido, quedando solamente las patas delanteras, las traseras y la cola; pero en el curso de la exploración se pudieron encontrar varios trozos que fueron colocados en su lugar correspondiente.

Subiendo los trece peldaños se llega a una breve plataforma

en cuyos lados Este y Oeste se encuentran los restos de unas gruesas paredes que servían de punto de apoyo a un tejado que cubría el frente del edificio, el que en la parte central se hallaba sostenido por dos pilares colocados irregularmente que se desprenden desde el primer peldaño que forma el atrio del santuario. En ambos lados de la puerta se encuentran unas esculturas: al Este una cabeza de serpiente con lengua bífida, cuyas escamas están representadas por puntas de flechas, sobre la que descansan los restos de una estatua que es la que al principio me referí y fué conocida por el señor Obispo Plancarte y por el profesor Enrique Juan Palacios, quienes la tomaron por una águila, y los habitantes de la región refieren que era un huaxolotl, siendo simplemente un caballero águila, pues aunque en los primeros días de la exploración, en mi libro de notas, la tomé por un "porta-estandarte", estudiado el interior del santuario y el simbolismo que pueden representar estas diferentes esculturas, procedí con mucho cuidado a limpiar lo que quedaba de la estatua y fuí afortunado al encontrar todavía las huellas de las plumas (las mismas que sirvieron a Plancarte para identificar el águila), y en cuanto a los pies, éstos son humanos y completos, aunque algo deteriorados. Al Oeste se encuentra un enorme bloque semejando un vaso que representa un tlalpanhuehuatl forrado de piel de tigre (las numerosas oquedades que estaban rellenas de trozos de tezontle rojo sugieren las manchas de la piel del jaguar), y sobre tan simbólico tambor de guerra se encuentran los restos de una escultura que es lógico suponer correspondía a un caballero tigre. En el frente de la plataforma y al centro de la fachada se encuentra la puerta que comunica al santuario, la que mide un metro veintiséis centímetros de ancho y en su eje central que formaba un arco, debía medir aproximadamente un metro noventa y ocho centímetros de altura. En esta fachada, que fué conocida por Plancarte y Palacios, distínguense los lineamientos principales de un relieve: dos ojos laterales provistos de peculiares cejas y los con-

tornos de unas enormes fauces de cuyas comisuras se desprenden dos grandes colmillos en cada lado, y en el piso, como saliendo del edificio, se encuentra tendida una larga lengua bifida pintada de rojo con grandes huellas de fuego en el centro de la lengua, y enfrente de ella, abajo del escalón, se halla un agujero rectangular labrado en la roca.

Tanto en la plataforma como en el lado Este de la alfarada, se encuentran series de agujeros redondos labrados en la misma roca, que sirvieron para sostener unos mástiles en cuya punta probablemente colocaban estandartes y banderas.

Refiriéndome al santuario diré que se trata esencialmente de una horadación circular de dos metros noventa centímetros a tres metros cincuenta centímetros de profundidad practicada directamente en la roca, con una puerta al Sur. Las paredes interiores, como el piso y demás lugares que no fueron expuestos a la intemperie, aparecen lisos, lo que demuestra que la horadación fué practicada con suma destreza y el todo estaba originalmente recubierto de una capa muy delgada de estuco.

Al penetrar en el recinto nos encontramos con una porción de la misma roca que, dispuesta en semicírculo, se levanta del mismo piso formando de este modo una pequeña plataforma o banqueta de una altura variable de cuarenta a cuarenta y ocho centímetros sobre el nivel inferior, en la que descansan equidistantes desde la orilla de la banqueta, tres esculturas representando animales simbólicos y sagrados, a saber: una águila al Este, un ocelotl al Norte y otra águila al Oeste, todos ellos labrados dentro del núcleo que forma el mismo monumento, y cuyas cabezas descansan desde el mismo borde de la banqueta, mientras que las colas están tendidas a lo largo de la pared que forma el recinto. En el centro del círculo aparece la escultura de otra águila mirando hacia la puerta.

La escultura que en la banqueta se encuentra al Norte, mirando al Sur, representa un ocelotl, pero solamente su piel exten-

dida elegantemente en forma de tapete, como si se hubiera dejado el espacio necesario para colocar un trono (figs. 8 y 8-bis); en ella fueron hallados restos de pintura de color amarillo-anaranjado y manchas negras; tanto el hocico como la lengua son rojos y también tienen manchas de este mismo color las garras. En cuanto a las otras tres esculturas de águilas, todas ellas ostentan restos de pintura roja en el interior de los picos y en la lengua, y amarillo-anaranjado en los picos y cabezas. Están magníficamente esculpidas y tanto el tratamiento de las plumas de las alas como de las cabezas y colas y la forma de sus garras son perfectamente concebidos (fig. 7). En cuanto a la posición, aunque en un principio me incliné a considerarlas en actitud de reposo, tengo la firme convicción que, como el ocelotl, estas tres águilas están representadas simplemente por su piel, porque si su actitud fuera de reposo, no estarían tan achatadas, ni sus garras estuvieran tendidas hacia atrás; y si estuviesen en actitud de vuelo, los artifices indígenas, que fueron unos grandes observadores de la naturaleza y pudieron realizar todas estas maravillas, les habrían abierto más ampliamente las alas. En la parte posterior del águila que se encuentra en el centro del círculo y en el piso del recinto, está un agujero de treinta y un centímetros de diámetro por treinta y cuatro centímetros de profundidad, del que hallamos un trozo de su tapa original hecho de toba. Es de suponerse que este agujero desempeñaba el papel de cuauhxicalli, esto es, el sitio donde depositaban el corazón del sacrificado.

En la pared perpendicular del recinto se encuentran seis agujeros de forma rectangular, colocados uno en cada lado de las esculturas, sobre los que no me atrevo a emitir opinión sobre su uso original.

Pasando a la parte superior del edificio, ya manifesté que en algunos trechos de la desigual pared monolítica que separa la zanja de escurrimiento de las aguas del borde interior del templo, fueron hallados varios restos de construcción, que las demás ex-

ploraciones comprobaron que tanto la altura original de la fachada como la del santuario se hallaba más elevada y que, a cierta altura en el interior del santuario, se encontraban empotradas en la pared por lo menos unas dieciocho piedras con anillos, que posiblemente servían para estirar un manteado, que más arriba se hallaba protegido por el techo del edificio, cuya forma arquitectónica era semejante a un cono, tal como lo encontramos en los códices (fig. 31) y en maquetas arqueológicas (fig. 32).

Monumento número II.—Se trata de una pirámide truncada orientada al Oeste, de una sola escalinata con alfardas, construida de piedras descanteadas en su parte delantera y recubierta de una capa de estuco. Las ruinosas condiciones de sus partes superiores no nos permiten conocer con exactitud el número de sus cuerpos.

Monumento número III.—Esta interesante construcción recubierta de estuco consta de dos cuartos: el primero rectangular y el segundo circular. A la entrada del primero se encuentra un par de pilares que sostenían los dinteles, la fachada y el techo, y en el centro tiene un altar compuesto de un depósito cuadrado que encontramos todavía con mucha ceniza, construido de piedras que están completamente quemadas. Alrededor de este cuarto que originalmente se hallaba decorado de una pintura mural, se encuentra una ancha banca o plataforma que lo recorre en sus lados Este, Oeste y Norte, donde se divide en el centro para formar la entrada al segundo recinto, el circular, en el que, como en el anterior, se encuentra un altar muy destruido por el fuego, y está flanqueado en sus lados Este y Oeste por tres piedras planas que deben haber servido para colocar objetos en sus ritos litúrgicos. Debido al hecho que en ambas estructuras hacían fuego, es lógico suponer que tuvieran techos especiales cuyos desprendimientos en el primer cuarto deben haber tenido la forma de una pirámide truncada y en el circular, el de un cono, truncado también. Tanto al Este como al Oeste de estos templos se encuentran



Fig. 32.—Maquetas arqueológicas de templos circulares.

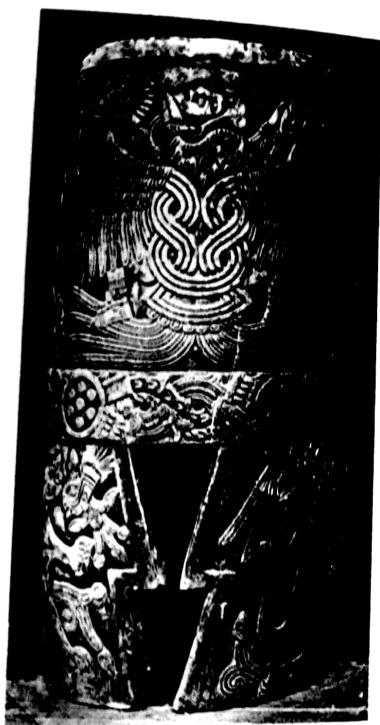


Fig. 40.—Tlalpanhueueltl de Malinalco.



Fig. 31.—A, Códice Nuttall, p. 9; B, peregrinación de los totomihuacas, según Spinden; C, Códice Borgia, p. 19; D, Códice Fejervary-Mayer, p. 4.—E, Códice Nuttall, p. 69; F, Códice Fejervary-Mayer, p. 30; G, Códice Fejervary-Mayer, p. 38.

restos de aposentos que deben haber servido de residencia a los servidores de los mismos.

Monumento número IV.—Se trata de una amplia estructura rectangular semimonolítica con característica de plataforma, a la que se asciende por una escalinata al Este colocada entre dos amplios aposentos que están adosados a la plataforma y cuyos techos servían de prolongación al piso de la plataforma. Originalmente se penetraba a este gran templo por la puerta central que mira hacia la escalinata, pasando entre dos grandes pilares. Posteriormente esta entrada fue tapiada por los mismos indigenas que sólo dejaron dos pequeñas aberturas laterales, una en ambos lados extremos de los pilares. En el centro de este amplio cuarto de cerca de catorce por veinte metros se encuentran dos bases monolíticas alargadas en forma de sarcófagos, las que servían de base a los pilares de madera para el sostenimiento del techo. Por los lados Norte, Este y Sur siguiendo los contornos del cuarto, se encuentra una amplia banqueta que en el sitio correspondiente al centro ostenta un altar rectangular semejante a los encontrados en el edificio N° III, sin huellas de haberse encendido fuego, y otro pequeño altar de menor dimensión se encuentra en su lado Norte. Al Sur de este amplio aposento se encuentra otro cuarto en forma de un rectángulo alargado. Todos los restos arqueológicos correspondientes a la pared del fondo de ambas estructuras, así como los demás detalles de los pilares, demuestran que sus techos fueron macizos, quiero decir formados de un vaciado de mezcla sobre vigas y divididos en dos niveles, el primero, o sea el del fondo, más elevado que el segundo, se hallaba separado del delantero en el centro del edificio por un amplio espacio que servía para dejar pasar los rayos solares. Aunque no dispongo de datos para tratar de su fachada, como ya vimos que ésta fue en gran parte tapiada y que en este caso se trata de un templo cuyas funciones demostraré más adelante, puede asegurarse que toda ella se hallaba cerrada por tener que

reinar las tinieblas en la sección delantera del templo, mientras el Sol iluminaba el altar con sus rayos que directamente se filtraban por el espacio entre los dos techos.

Monumento número V.—Se trata de otro edificio circular de mampostería en pésimo estado de conservación, y de espacio interior muy limitado con entrada al Oeste, construido sobre una pequeña plataforma. Su limitado espacio y forma no dejan de recordar las Kiwas del Suroeste de los Estados Unidos de Norte América.

Monumento número VI.—Esta estructura monolítica se hallaba en estado de construcción al efectuarse la destrucción de la zona.

Para concluir este capítulo sólo me queda tratar someramente del sistema de desagüe el que puede verse detalladamente en el plano. Todo él se halla formado de zanja labrada en la roca, en las que en algunos casos por haberse tropezado con núcleos de roca suave construyeron partes con piedras labradas. Todas estas zanjas siguen en sus distintos niveles las sinuosidades del cerro protegiendo eficazmente, todavía hoy, el conjunto de los edificios alejando el caudal de agua de las grandes avenidas que bajan del cerro continuamente en épocas de lluvia.

Todas estas estructuras son parte integrante de una amplia terraza que fue formada artificialmente, desgajando el cerro y agregando grandes cantidades de materiales de relleno que están sostenidos por sus lados Este y Sur que miran al abismo, por altas paredes en talud que sirven de contrafuerte a todo este hermoso conjunto de edificios que, como un nido de águilas se encuentran colgados a la orilla de un precipicio (fig. 20 bis).

Interpretación de los edificios

Al iniciar este ensayo debo manifestar que si me atrevo a semejante investigación histórico-mítica es debido a la convicción que me he formado de la exactitud de los datos que voy a referir, los que sólo se limitarán a las estructuras I, III y IV que son las que me proveyeron de suficientes materiales para compararlos con las fuentes originales: códices, crónicas y los estudios de los recientes investigadores; en cuanto a las demás estructuras no habiéndome provisto de suficientes datos para su identificación, los pasaré en silencio, pues aunque por ejemplo al Norte del edificio número II, hallé dos estatutas de Mixcoatl, considero insuficiente el dato para admitir que dicho templo estuviera dedicado a esta deidad, sino más bien que ambos ídolos por las razones que veremos más adelante, pertenecían a la estructura número III.

Al concluir la exploración de la fachada del monumento monolítico, me llamó la atención la semejanza de su relieve con la parte superior de la cabeza de la colosal estatua de la Coatlicue existente en el Museo Nacional de México, pero estudiado el caso, si bien es cierto que se aproximan notablemente ambos conceptos artísticos, en el caso del relieve del monumento monolítico, muy pronto pude comprobar que aquí se trata de una sola cabeza de serpiente vista de frente con su enorme boca abierta, representada por la puerta cuyo interior, junto con la lengua bífida, están pintadas de rojo, y por la existencia de los belfos inferiores que sobre la pared en ambos lados de la puerta bajan suave y artísticamente hasta casi unirse con el principio de la lengua bífida, lo que demuestra que dicha puerta representa las fauces de una enorme serpiente en la que, para penetrar al santuario, hay que pasar por las fauces del monstruo. Esto viene a recordar que en el recinto donde se hallaba el Templo Mayor de Tenoxtitlan existió, según

los cronistas, un templo circular cuya entrada tenía la forma de una boca de serpiente y estaba dedicado al dios del aire Ehecatl-Quetzalcoatl. Para no citar todos ellos sólo referiré lo que nos dice Gómara³. "Y entre ellos (los templos) había uno redondo dedicado al dios del aire, dicho Quezalcoath, porque a si como el aire anda al rededor del cielo, así le hacian el templo redondo; al entrada del cual era por una puerta hecha como boca de serpiente y pintada indiabladamente. Tenia los colmillos y dientes de bulto relevados, que asombraban a los que allá entraban en especial a los cristianos, que se les representaba el infierno en verla delante".

Mucho es de sentirse que manos vandálicas hayan destruido la parte superior complementaria del relieve, pues con ella se habrían aclarado posiblemente todas las dudas, pero a pesar de esto vamos a seguir estudiándolo: es imposible que este relieve represente simplemente una cabeza de serpiente sin ninguna atribución divina, cuando conocemos lo que era la vida de sus antiguos moradores, de un materialismo-espiritual unido a un misticismo tradicional que los sujetaba a un sin fin de ritos en que todos los actos de la vida o de la naturaleza estaban atribuidos o dedicados a alguna divinidad.

Si analizamos las declaraciones hechas en 1925, atribuyendo a dicho relieve una representación de Tlaloc el dios de la lluvia, para comprobar si dicha cabeza corresponde a esta deidad, será necesario que investiguemos la forma en que los pueblos de la Mesa Central acostumbraban representarla; todos sabemos que a este dios le representan con unos ojos, algunas veces, como si llevase anteojos, mientras que en los códices lleva las características cejas y los colmillos que encontramos en la cara de la serpiente de la fachada de Malinalco, por lo que es de suponerse que la cara de Tlaloc en todas sus representaciones sería la de una ca-

³ Pág. 257. También véase Román y Zamora, págs. 76-80. Torquemada, Libro VIII, Cap. IX, etc., etc.

beza de serpiente estilizada, y para sostener esta teoría Lewis Spence⁴ al tratar de esta divinidad dice: "La evolución de la familiar y característica cara de Tlaloc es quizá mayor ejemplificada en una estatuita de piedra incluida en la colección Uhde del Royal Ethnological Museum de Berlin. En este sorprendente y admirable ejemplo del arte escultórico mexicano, la representación de la cara de dicho dios es magistralmente concebida por medio de arreglo de dos serpientes cuyas colas forman las órbitas de los ojos y una especie de nariz, juntándose ambas cabezas de las serpientes en la región de la boca". Muy bien hasta aquí, y admitimos que la cara de Tlaloc como dios de las lluvias, elemento esencial de vida que necesitaban los pueblos de la Mesa Central, fuese una cabeza de serpiente que fueron estilizando, esto es una divinidad terrestre representada por una serpiente, pero no conozco una sola representación de Tlaloc con el aditamento de la lengua bifida⁵.

Podemos observar en los pocos ejemplares que presento en la figura 33, que la costumbre de representar a los seres divinos de perfil obligó a los dibujantes indígenas a quitar ciertos detalles, conservándose principalmente el anillo formado por los ojos y una barba en forma de espiral formando el labio superior y dependiendo de él por alguna distancia y principalmente los colmillos.

Comparando los dibujos, si bien nuevamente nos aproximamos a la representación gráfica de la fachada de Malinalco, la

⁴ Pág. 32. *The Gods of Mexico*.
⁵ El arqueólogo doctor J. Eric Thompson, en carta de 15 de abril de 1943, me manifiesta que en su concepto, aunque los ejemplares son escasos, se han encontrado representaciones de Tlaloc con lengua bifida y me menciona el ejemplar procedente de Chalchicomula que presenta Ernst Fuhrmann en México III (*Kulturen der Erde*. Vol. 13 y otro que conoció en un vaso plumbate procedente de Tajumulco. Aunque no conozco los ejemplares me pregunto: ¿éstos corresponden a una representación del "monstruo de la tierra"?

cara de Tlaloc no se adapta completamente a ella, como sucedió con el caso de la Coatlicue.
 En resumen, habiendo llegado a las conclusiones que la portada no representa ni la Coatlicue ni a Tlaloc, parece que no nos quedara otro recurso sino aceptar los datos que nos proporcionan



Fig. 33.
 I. Códice Magliabecchiano.
 II. Códice Fejervary-Mayer.
 III. Códice Laud.
 IV. Códice Magliabecchiano.
 V. Códice Vaticano A.
 VI. Castillo de Teayo.
 VII. Códice Borgia.
 VIII. Colección Uhde.

los cronistas y considerar este relieve como una simbólica representación de Ehecatl-Quetzalcoatl; sin embargo, no la acepto en primer término por haberme tocado la suerte de explorar dos templos dedicados a Ehecatl-Quetzalcoatl, uno en Tecaxic-Calixtlahuaca, Méx. (1930-36) y otro en Cempala, Ver. (1941-42) y aunque ambos pertenecieron a diferentes pueblos Matlatzincas y Totonacas, tienen mucha semejanza tanto en sus atributos como en sus elementos arquitectónicos, y son muy distintos a los del edificio que nos ocupa, y en segundo lugar por el mismo simbolismo de las demás esculturas que nos demuestran un error colectivo de los cronistas, que confundieron el templo de Ehecatl-Quetzalcoatl con un templo semejante al que estamos estudiando, porque este relieve simplemente representa el "monstruo de la tierra" es decir, con su santuario es la tierra misma sobre la que tenían que luchar, combatir y perecer peleando los individuos a quienes estaba dedicado este templo y todos los demás de este conjunto. Se encuentra representado en el Códice Borgia P. 14 (fig. 34) el que Seler confundió con una cueva y también en el Códice Nuttall P. 9.

Resumiendo todo lo descrito en el capítulo anterior, las tres águilas y el ocelotl en el interior del santuario, en el que representan una alegoría ligada a los caballeros águilas y triges cuyas estatuas encontramos, la del primero sobre una serpiente de guerra (serpiente de sangre) y la del segundo sobre un tlapanhuehuatl de guerra, y en ambos ángulos de las alfardas los imponentes ocelotl, todos éstos son simbolismos que nada tienen que ver con el mito o culto de Ehecatl-Quetzalcoatl⁶; en cambio me llevan a afirmar que este santuario y sus anexos, pertenecían exclusivamente a la organización militar de los caballeros del

⁶ Pág. 33. El principal punto de contacto de los cuauhtli con esta deidad, era que todos ellos habían sido educados en el calmecac, donde Quetzalcoatl era el patrono de los educandos.

Sol, es decir los cuauhtli y los ocelotl (cuacuauhtin) conocidos en la historia por los caballeros tigres y caballeros águilas.

Para muchos de los pueblos amerindios, especialmente en México el águila y el jaguar eran dos animales sagrados que desempeñaban importantes papeles en la mitología y en los ritos. En las leyendas se lee que en los primeros tiempos cuando los dioses Nanauatzin y Tecciztecatl se hubieron arrojado a la ho-

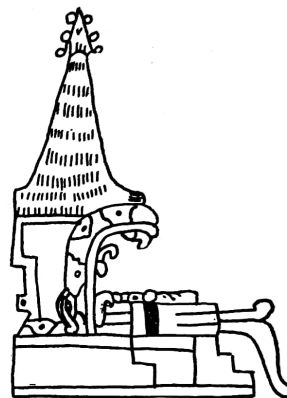


Fig. 34.—Códice Borgia, p. 14.

guera para ascender después al cielo en calidad de Sol el primero, y Luna el segundo, el águila y el jaguar saltaron tras ellos, de donde resultó que el primero salió obscuro y el segundo con manchas negras.

Para los mexicanos el primero era el símbolo del Sol y el segundo era el que durante los eclipses solares se comía al sol por lo que representaba la obscuridad; pero en medio de todos

los intrincados conceptos eclécticos mitológicos de los mexicanos (que no tuvieron tiempo de depurar) también el tigre representaba en algunos casos la luna. El estudio de estas desquisiciones analíticas que nos llevarían por terrenos muy distintos, las dejaremos para hacer sobresalir el hecho que para los mexicanos estos animales eran la simbólica representación de la valentía, la fuerza, de donde los nombres de cuauhtli y ocelotl fueron usados convencionalmente para designar la excelsa clase guerrera que moría en el sacrificio, y a estos animales puede agregarse el cuetlachtlí cuyo disfraz era usado por otra clase guerrera de valientes, por eso en la antigua Tenochtitlan en el lugar llamado Quauhquiauac "la puerta del águila" los cronistas nos dicen que se hallaba un bajo-relieve que representaba tres animales: en el centro una águila teniendo en un lado un ocelotl y del otro un cuetlachtlí (especie de lobo) que simbólicamente representaban las principales órdenes militares de los antiguos mexicanos.

Según Chavero⁷ la casa de los caballeros águilas, los cuauhtli y los ocelotl se llamaba cuauhcalli, de cuauhtli águila y calli, casa. Sahagún⁸ en su descripción de los edificios del recinto del gran Templo Mayor de Tenochtitlan nos dice: "El catorceavo edificio se llamaba Coacalco, o Quauacalli; éste era una sala enrejada como cárcel, en ella tenían encerrados a todos los dioses de los pueblos que habían tomado por guerra y los tenían allí como cautivos" y más adelante, refiriéndose al consejo de guerra, agrega que en el palacio existía otra sala que "se llamaba Tequioacalli, por otro nombre Quauhcalli: en este lugar se juntaban los capitanes que se nombraban Tlatlacochoalca y Tlatlacateca, para el consejo de la guerra"⁹ y Durán hablando de la misma materia nos dice después de haber mencionado varios aposentos del palacio "seguíase luego el solar de las águilas cuyo nombre era

⁷ México a Través de los Siglos. Libro IV, Cap. VIII.

⁸ Historia General de las Cosas de Nueva España. Apéndice. Libro II.

⁹ Libro VIII, Cap. XVII.

Quauhcalli... deste género de caballeros... eran caballeros que profesaban la milicia que volando como águilas en armas y valentía y en ánimo invencible por excelencia, les llamaban águilas o tigres. Era la gente más querida y estimada de los reyes que había y los que más privilegios esenciones alcanzaban, eran a quienes los reyes hacían larguísimas mercedes y a quien acompañaban con armas y divisas muy galanas y vistosas y ningún condejo de guerra se tomaba que no fuese con ellos y no con otros ningunos y los que ellos ordenaban y mandaban en aquel caso no lo osaban contradecir los reyes confirmándolo luego. Tenían al Sol por patrón cuyo templo honraban y servían con todo el cuidado y reverencia del mundo y así los nombró caballeros del Sol... los cuales entiendo eran comandadores"¹⁰.

Como se ve por estos datos, los guerreros cuauhtli y ocelotl formaban un cuerpo especial, puede decirse aristocrático, cuyo jefe era el mismo Tlacatecuhtli, el cual como nos lo dice el mismo Sahagún, en esta ocasión tomaba el nombre de *Cuauhliocelotl*; estas dos órdenes militares estaban formadas de los más prominentes guerreros y los que obtenían estas ambicionadas distinciones, se les permitía llevar un vestido representando estos animales, pero estos vestidos o insignias sólo eran usados en la guerra pues en la corte o en las calles todos los oficiales vestían el tlachquauhyo, con insignias de su jerarquía.

Por todo lo anterior si bien se desprende que en palacio el aposento reservado a los cuauhtli y ocelotl, era llamado cuauhcalli, no hallamos el nombre que llevaba el edificio cuyos simbolismos eran semejantes al monolítico de Malinalco que estaba exclusivamente dedicado a dicha clase guerrera, por eso citaré otro párrafo de Durán para ver si dicho cronista nos aclara el dato.

Dicho autor en el capítulo LXXXVIII nos dice: "Hubo en esta tierra una orden de caballeros que profesaban la milicia y

¹⁰ Capítulo LXXXIX.

hacían votos y promesas de morir en defensa de su patria y de no huir la cara a diez ni a doce que los acometiesen, los cuales tenían por caudillo al Sol y por patrón como los Españoles a Santiago glorioso, donde todos los que profesaban y entraban en esta compañía eran gente ilustre y de valor, todos hijos de caballeros y señoras sin admitir gente de baja suerte por más valiente que fuera y así la fiesta de los caballeros e hijosdalgos hecha a honra de su dios el sol a la cual llamaban Nauholin (Nahui Olin) que quiere decir cuarto movimiento debajo del cual nombre la solemnizaban conforme a la salida de las personas cuya fiesta era. Esta fiesta celebraban dos veces en el año: la primera a 17 de Marzo y la segunda era a dos días de Diciembre en fin las dos veces que le cabía en el año el número de cuarto curso o movimiento...

"Esta orden de caballeros tenía su templo y casa particular curiosamente labrada de muchas salas y aposentos donde se recogían y servían a la imagen del sol y dados que todos eran casados y tenían sus casas particulares y haciendas, tenían empero, en aquellos aposentos y casas de aquel su templo sus prelados y mayores a quien obedecían y por cuyas ordenaciones se regían y donde había gran número de mozos mancebos hijos de señores que profesaban de seguir aquella orden de caballería y así los enseñaban allí y imponían en todo género de combate con todo género de las armas que ellos usaban; la cual orden imagino yo como las órdenes de los Comendadores de España que unos son de San Juan, otros de Calatrava, otros de Santiago, trayendo para diferenciarse encomiendas, así éstos según el orden tenía en esta orden de caballería les podemos llamar los comendadores del sol, cuya divisa llevaban cuando iban a la guerra. Este templo del sol estaba en el mismo lugar que ahora edifican la Iglesia Mayor de México al cual llamaban por excelencia *Cuacuauhtinchan*, que quiere decir la casa de las águilas, el cual nombre de águila o tigre que usaban por metáfora para engrandecer y hon-

rar a los hombres de valerosos hechos y así en decir la casa de las águilas a aquel templo era tanto como decir la casa de los valientes hombres comparando con metáfora su valentía a la del águila o la del tigre, por ser el águila entre las demás aves la más valerosa y el tigre entre los demás animales el más bravo y feroz...

Por lo anterior queda definitivamente aclarado que el citado templo o edificio era uno de los principales del *cuacuauhtinchan*; pero de su estilo o características arquitectónicas las crónicas nada nos dicen, por haberlo confundido con el templo de Quetzalcoatl.

Como hipótesis interpretativa considero que siendo los caballeros águilas y tigres los guerreros por excelencia dedicados al Sol, es decir, los que morían en la guerra por el Sol, o mataban para dar de comer al Sol, de donde como dice Durán tenían el calificativo de "caballeros del Sol", es lógico admitir que su mansión fuera una simbólica representación de la mansión del Sol sobre la tierra, en la que morían los valientes guerreros cuauhtli y ocelotl; por lo tanto estas esculturas de águilas y tigres imitando las pieles de estos animales, representarían el espíritu de los valientes guerreros muertos (Tonatiuh ilhuicac yaqui); y en esta simbólica mansión del Sol sobre la tierra, se conferían los grados a los candidatos a estos altos puestos, bajo la presencia del Cuauhtliocelotl que lo era el mismo Tlacatecuhtli o "Emperador"; ceremonia que consistía en perforarle la nariz para colocarle el hueso o la uña del águila. Por eso como mansión del Sol, es natural que esté orientado al Sur de manera que desde el atrio del templo se pueda observar durante todo el día la carrera de este astro en el firmamento, y también muy natural que, como lo asienta Durán al referirse al templo del Sol, esta estructura tuviera un manteado detenido por las dieciocho piedras (con anillo) en derredor del santuario, en el que estu-

viera pintada una "imagen del sol... de hechura de una mariposa con sus alas..." (véase nota 18).

Según mi parecer esta idea de Durán de llamar Cuacuauhtinchan exclusivamente al templo del Sol se debió al hecho de que este nombre se aplicaba en su integridad no solamente al edificio que estamos estudiando o al templo del Sol en particular, sino al conjunto de los edificios que correspondían al Cuacuauhtinchan "la casa de las águilas", entre los que se hallaba naturalmente incluido el templo del Sol y otro que espero poder identificar más adelante.

Considero el edificio número IV de Malinalco como el templo del Sol; su orientación al Este, como su disposición de techos divididos para facilitar el paso del rayo solar en las primeras horas de la mañana, nos demuestran que en esta estructura se hallaba la famosa representación del Ipalmohuani, "el por el cual vivimos" de los nahuas, porque además de reunir estas características descritas que están de acuerdo con las crónicas que nos dicen que su imagen estaba adosada a la pared en donde los primeros rayos del sol de la mañana le daban directamente encima, mientras que las partes delanteras del edificio quedaban en la penumbra, precisamente se encuentra unido al núcleo de los demás edificios que eran del exclusivo uso de los guerreros por excelencia, los cuauhtli y ocelotl.

En él se efectuaba la netonatiuhzauaztli, esto es la fiesta del Sol que se llevaba a cabo el día Nahui Olin cada 260 días, o tonalpohualli, y servía para que los cuacuauhtin, etc., pudieran enviar un representante suyo al Sol, el que tenía que ser sacrificado en medio de una gran fiesta. En este templo se hallaba un altar que según las crónicas era una gran pieza de oro que representaba el Sol, sin embargo adhiriéndome a la teoría expuesta por el infatigable investigador Hermann Beyer¹¹, considero que

¹¹ Beyer, Hermann. *El llamado "Calendario Azteca". Descripción e interpretación del Cuauhxicalli de la "Casa de las Águilas".* México, 1921.

la imagen que representaba el Sol en el Cuacuauhtinchan de la gran Tenoxtitlan es precisamente el llamado "Calendario Azteca" del Museo Nacional de México, pero no me adhiero a su idea que sirviera de Cuauhxicalli y estuviera colocado en posición horizontal y cubierto con un toldo, sino que verticalmente al pie del altar en el interior o al frente a la entrada o fachada del templo del Sol de Tenoxtitlan, y este templo me imagino que era el llamado Quauhcalli de Sahagún, Durán, etc. (fig. 35), es decir la "casa de las águilas" porque el Sol era el quauhtleuatl o quauhtloauitl, "Aguila remontada".



Fig. 35.—Códice Borgia, 45 Cuauhcalli.

Ya que llegamos a la hipotética conclusión de que el edificio monolítico de Malinalco es la mansión terrenal del Sol posiblemente la simbólica representación del Yaotlalli, el "terreno divino de la guerra" y que la estructura número IV es el Cuauhcalli, el templo de este astro, y que ambos forman parte del Cuacuauhtinchan, pasaré ahora al estudio de la interesante y peculiar estructura número III de la misma zona, que se encuentra colocada

precisamente entre los dos edificios antes mencionados, para tratar de identificar con la ayuda de las crónicas, cuál era el nombre y cuáles las funciones que desempeñaba esta construcción en el recinto de la casa de las águilas.

Conocido es el hecho referido por todos los cronistas, Sahagún entre ellos, que los que morían en la guerra o en el cautiverio iban a morar a la casa del Sol¹², pero iban solamente los verdaderos guerreros, los cuachic; tequiua, etc., esto es los guerreros por excelencia, los hombres que habían hecho de las armas, di-ríamos hoy, una carrera, una dedicación de sus vidas para ser considerados como caballeros del Sol, y no tomaban la guerra como una fuente de rapiña para hacerse de bienes del enemigo, sino como lo dice la leyenda morían en la guerra florida o en hechos heroicos para la grandeza del país. Este era el único camino que a los guerreros les deparaba la vida y para ellos la más honrosa; morir en la guerra o en la piedra del sacrificio inmolados por el enemigo, porque esta muerte les brindaba la honra de ser deificados por todos sus compañeros de armas, parientes y amigos, de ser uno de los acompañantes del Sol en el Tlacoachcalco o Tzinacalli de la casa de las águilas (que es el nombre del edificio III de dos aposentos de Malinalco), en medio de ceremonias que duraban varios días.

Esta interesante ceremonia descrita por varios cronistas se iniciaba inmediatamente y por orden del Tlacatecutli al conocerse la desaparición o muerte de uno o varios de los valientes guerreros, por medio de una embajada formada de los viejos caballeros águilas (cuauhueue) que con la representación del Tlatoani se trasladaban a la casa del difunto a visitar a los deudos "a secarles las lágrimas y acallar los suspiros" para manifestarles que no "habían muerto arando o cavando la tierra, o buscando el sostén en los caminos, sino por la honra de la patria y

¹² Libro 3, Cap. III.

ahora se hallaban ataviados y hermoseados en el resplandeciente aposento del Sol".

Concluidas estas visitas, los cuauhueue se hacían cargo de las ceremonias fúnebres: "se ordenaba que todos los viejos cantores que tenían oficio de lamentar" la muerte de los valientes, salieran llevando en signo de duelo en la cabeza una cinta de cuero negro, por la plaza del pueblo con sus instrumentos musicales de tristes sonidos, los omizicahuaztli y tlalpanhuehuetl a "tañer y cantar los cantos apropiados para el efecto". Luego salían a reunirse con los cantores los cuauhueue, los familiares del o de los difuntos llevando las mujeres el pelo enmarañado, caído sobre el rostro cargando sobre los hombros y al cuello las mantas, maxtilatl y ceñidores de sus maridos, las acompañaban los hijos de los muertos luciendo las mantas de sus padres, "sus bezotes, orejeras, narigueras y sus joyas" que demostraban su jerarquía, mientras que los hombres, los demás parientes, los amigos y compañeros cargaban las espadas y rodela de los difuntos.

Todos puestos en orden alrededor de los músicos, "los viejos con sus xicaras redondas colgadas a las espaldas, a manera de cordones", todos los "parientes, primos, tios, hermanos, padres, abuelos, todos hacían una rueda grande" llevando en la mano las rodela y espada de los muertos, se quedaban quietos mientras las viudas, madres y demás mujeres bien alineadas dando grandes palmadas y llorando amargamente, bailaban "inclinándose hacia la tierra" primero hacia adelante y después hacia atrás al son de cantos lúgubres; en los ratos de descanso los cuauhueue consolaban a las mujeres "a las que decían que sus llantos eran por honra del grande y resplandeciente Sol que pasa sobre nuestra cabeza y en el del señor de la tierra productor de todas las cosas y a sus hijos los muertos".

"En el cuarto día de estas lamentaciones se hacían las efigies de los muertos, es decir esculturas en madera "de manera que figurasen como personas vivas" pues para aquello "habían singu-

lares operarios y oficiales como pintores, carpinteros y canteros" y después de hechos aquellos bultos a manera de estatuas, hacían sus caras poniéndoles sus ojos y boca y sus narices, y entre los ojos les ponían tiznes y en la boca alrededor de los labios, y poníanles unas rodela atadas al cuello y unas espadas, y poníanles en las espaldas unas divisas de unas banderetas y plumajes, cinco banderetas a cada uno (fig. 36) y poníanles sus mantas muy galanas... a los hombres les ponían unas alas de plumas

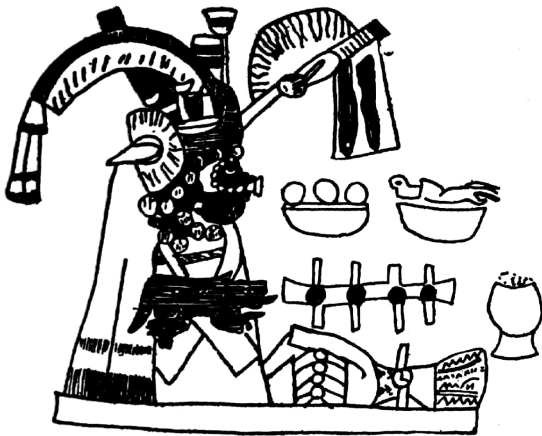


Fig. 36.—Códice Magliabecchiano.

de gavián para que anduviesen volando delante del Sol cada día" y ataviados con todos sus arreos, bezotes, etc., y amarrados con un aztamecatl "mecate blanco", se las llevaban al tlacochcalli o tzinacalli donde continuaban las honras fúnebres y se "ofrecían esclavos para que muriesen juntamente y fuesen allá a servir al muerto". Reunidos parientes y demás miembros de la comitiva

con la o las efigies colocadas en el centro del tlacochcalli, comen- zaban a cantar con muy baja voz un canto dolorido mientras las mujeres, hijos y demás, "lloraban dando de palmadas y torcién- dose los dedos... otras bailaban y lloraban..." se ensalzaba la valentía del difunto, dirigiéndose a él como si fuera vivo en presencia de todos los valientes. Los parientes y amigos pasaban a saludar a la viuda a quien hacían regalos de mantas, naguas, etc. Se presentaba comida a las estatuas "de un guisado llamado tlacatlacuali y unas tortillas papalotlaxcalli y atole y se entonaba el canto de miccacuicatl". Se colocaba una gran xicara (teotecoma- tl) llena de ixtacochtli delante de la efigie con un canuto grande llamado bebedero del Sol, para que bebiera y después esta xicara era pasada a todos los presentes, principiando desde el más an- ciano, para que bebieran en ella; terminado esto el más viejo de los cuauhueue rociaba la estatua de pulque, se regaban los cua- tro puntos cardinales, las viudas vestían a los cantores con ropas especiales y les entregaban unas coas, y ya a la puesta del Sol, los cuauhueue quemaban la estatua en medio de los cantos y la- mentaciones de los presentes. Al concluirse la ceremonia los vie- jos caballeros águilas y tigres daban las gracias a todos los pre- sentes, en particular a las mujeres a quienes hacían un discurso diciéndoles que "habían dejado sus hijos los tigres y las águilas", y las cenizas llevadas por los cantores eran enterradas en otra parte.

A los primeros ochenta días las viudas regresaban al tlacoch- calco y repetían esta visita al cumplirse los 160 días cuando los cuauhueue les anunciaban que "se alegrasen y consolasen porque sus maridos se hallaban con el dios Sol y allí estaban contentos y descansados gozando del doble señorío que ellos acá tenían"¹³. Por estos datos que vienen a comprobarnos que el tlacoch- calco era una especie de crematorio, los que se hallan confirmados

¹³ Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*. Caps. XVIII, XXXVIII; Tezozomoc. *Crónica Mexicana*. Caps. LIII y XCII.

por los restos arqueológicos encontrados durante la excavación (dos altares que servían para estas ceremonias) llegamos al análisis de la esotérica representación de la pintura mural, que precisamente se refiere a la vida etérea de los caballeros águilas y tigres (tonatiuh ilhuicac yaqui) los mimixcoua o deidades estelares, que no eran otra cosa que estos mismos guerreros deificados. Pero para llegar a esto vamos a tener primero que continuar nuestra narración siguiendo ahora la leyenda mitológica que nos describe la segunda vida de estos guerreros.

En las leyendas mexicanas descritas por el Padre Sahagún¹⁴ se nos dice que según las creencias de este pueblo había tres lugares donde podían ir a morar las almas de los muertos: el primero se llamaba Mictlán, es decir la región de los muertos, donde reinaban Mictlatecutli, el señor de la región de los muertos, y Mictecacihuatl, la señora de la región de los muertos, lugar que imaginaban en el interior de la tierra y al cual conducía un camino sobre la gran corriente de agua, Chicunauhapan, "la corriente nónuple", el mar del Oeste. A este lugar iban todos los que morían en la tierra en terreno firme (muerte común) y de enfermedad, los reyes, gente plebeya, hombres, mujeres, niños...¹⁵

El segundo lugar era el Tlalocan, el reino del dios de la lluvia donde reinaba Tlaloc, "el que hace germinar", o Tlalocan Tecutli, el "señor del reino de la germinación", este lugar se creía que se hallaba en la punta de los cerros, en donde se amontonan las nubes, en las crestas, y se describía como lugar donde todo reverdece, donde nunca deja de haber mazorcas de maíz, ni alimentos. A este lugar iban los que morían en el agua, o por el dios del agua, los ahogados, los muertos por el rayo, también los leprosos, los sifilíticos, los que han sufrido enferme-

¹⁴ Tercer libro.

¹⁵ Sahagún. Cap. I. 3 Apénd.



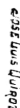
Fig. 41.—Tlalpanhuehuatl de Malinalco.

dades de la piel, hidropesía y los que morían de enfermedades contagiosas¹⁶.

Por último el tercer lugar (que es el que en este caso nos interesa) se llamaba Ichan Tonatiuh Ilhuica, "la casa del Sol" o "el cielo que habita el Sol", que también era considerado como la región de la guerra, es decir el atlachinolli, como lo vemos representado en el famoso tlalpanhuehuatl de Malinalco del que después hablaré (figs. 37, 40 y 41).

En la división del cielo del antiguo México, bien conocido es el hecho mítico, que se dividía en trece cielos: el cuarto y el quinto siempre mencionados juntos correspondían a la casa del Sol, por pertenecer el primero al agua y el segundo al fuego, formando ambos el atlachinolli. El primero de éstos correspondía a Chalchihuitlicue y era llamado Ilhuicatl Uixtotlan, y el segundo recibía el nombre de Ilhuicatl Mamaluzocan "donde se frota el fuego". En esta región, que como dije, se consideraba como la casa del Sol (Ichan-Tonatiuh Ilhuica) la guerra (o Tonatiuh iixco yauh, "que va adelante del Sol"). Allí vivían las almas de los guerreros muertos en la guerra, o los que caían en manos del enemigo o sacrificados en la piedra del sacrificio, cuya deificación acabamos de leer, e igualmente en este cielo moraba la contraparte de los guerreros, las Cihuateteo o mujeres muertas de parto, porque la mujer que daba a luz un niño era honrada al igual que un guerrero que había hecho un prisionero y lo había sacrificado; y la mujer que moría en el parto era la Mociuaquetzqui, el "guerrero" en figura de mujer, esto es, era la contraparte del guerrero que caía en el campo de batalla o era sacrificado por sus enemigos, y debido al hecho que las mujeres conducen al Sol hacia el Poniente, esta región es llamada Cihuatlan, "país de las mujeres" o "Cihuatlampa la región del país de las mujeres". Se decía que las almas de los guerreros muertos esperaban

¹⁶ Sahagún. Cap. III, Apénd.



Más adelante la leyenda nos dice¹⁷, que cuando al medio día las almas de los guerreros han cumplido su deber, se dispersan para convertirse en colibríes y mariposas, a volar de flor en flor, libando miel¹⁸. Igualmente al cabo de cuatro años, se transforman en aves de vistosos plumajes, en aves amarillas con negra hendidura alrededor de los ojos, en mariposas de plumas, etc., y liban la miel de las flores allá en su morada y vuelven a la tierra para libar aquí en toda clase de flores¹⁹ y las almas de las mujeres muertas en el parto, cuando por la noche han enviado al Sol al país de los muertos, se dispersan también y bajan a la tierra.

Estas almas de los muertos eran pues los “que vuelven” y se armonizaban sus apariencias y adornos. Se representaban y se

17 Sahagún. Libro 6, Cap. XXIX.

18 Este insecto ocupaba un prominente lugar en la mitología y en las artes. Ya vimos, por ejemplo, que Durán nos menciona el hecho que en el templo del Sol se hallaba una representación del astro solar "de hechura de mariposa con sus alas", que interpreto como una simbólica representación del guerrero deificado. Para los mexicanos la mariposa representa el fuego; por lo tanto, era una contraparte del símbolo de la guerra, el atlachinolli, y como representante del fuego, es decir, de los jefes guerreros cuya residencia era el cielo, los guerreros muertos por bien a las mujeres muertas de parto; por eso en la piedra de sacrificios, y también la mariposa representada con el disfraz de un dios con la máscara del dios del fuego y con el atxaxelli de los guerreros.

19 Sahagún. Libro 3, Cap. III, Apénd.

describen como figuras rayadas de blanco, que llevan pegadas blancas bolas de plumón, que era el adorno especial de la víctima dedicada al sacrificio; por eso se enviaba al enemigo a quien se declaraba la guerra tierra blanca (tizatl) y blancas bolas de plumón (ihuitl). A los prisioneros a quienes se sacrificaban a los dioses (fig. 38) se les rayaba el cuerpo con esta tierra blanca, se les adherían bolas de plumón en el pelo y se les pintaban los labios de rojo con un campo negro alrededor de los ojos. Ya vimos antes cómo se preparó la envoltura de la efigie del guerrero deificado en la ceremonia del Tlacochoalco, y en esta misma forma se presenta en todas las pinturas de los códices a las víctimas, sólo que el cuerpo no solamente se pintaba de blanco, sino también con rayas delgadas y largas sobre campo verde.

Las almas de los muertos eran estos mismos convertidos en dioses, porque "cuando alguien muere —decía— se ha convertido para siempre en un dios". Por eso a las almas de esas mujeres muertas se les llamaba Cihuapipiltin, "las princesas", o Cihuateteo, "las mujeres convertidas en diosas"; y estos muertos deificados tenían su fiesta y su culto. De las almas de los guerreros muertos, precisamente Sahagún²⁰ nos dice: "y ellas pueden ver todas las ofrendas que se les llevaba, y pueden tomarlas"; por eso en la ceremonia del Tlacochoalco llevaban las mujeres la comida especial de los guerreros, y lo mismo se hacía con las Cihuateteo²¹, a las que se llevaban grandes tortillas papalotlaxcalli y pan en forma de S, xonecuilli, representando la figura de un rayo, y maíz tierno tostado, izquitl.

Dos grandes fiestas se dedicaban a estos muertos; los preparativos de una de ellas comenzaban inmediatamente después del equinoccio de septiembre. Esta fiesta se llamaba Miccailhuitonli y Ueimicailhuitl, "la pequeña" y "la gran fiesta de los muer-

²⁰ Sahagún. Cap. III, Libro 3, Apénd.

²¹ Sahagún. Libro 1, Cap. X.

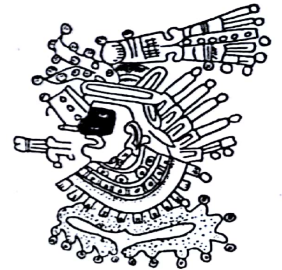
tos". Esta primera se ofrecía a los muertos varones representados por un dios que con un dibujo negro en la cara, teñido de blanco y caracterizado por medio de dos mariposas prendidas en el pelo, no era otro que la imagen del alma del guerrero muerto en la guerra (fig. 38). Su imagen en figura de pájaro era colocada sobre un mástil, y arrancada después por los jóvenes. Este dios, esta alma del guerrero era el hermano menor, el Xocotlhuetzli, que bajaba a la tierra tan rápido como un meteoro.



Telleriano Remensis-40.



Omichicahvaztli -
Alma de Guerrero.



El alma de un Guerrero de una
Varija del Museo Nacional.

Fig. 38.

Al comenzar el solsticio de invierno, iniciábanse ceremonias que de nuevo, catorce días después, culminaban en la segunda fiesta a los muertos en Tititl y era dedicada a Ilamatecutli, “la vieja princesa” o “vieja diosa”. Entonces se presentaban danzando las imágenes de las Cihuateteo las mujeres muertas convertidas en diosas, y esta fiesta se llamaba Uetzi in ciquatli, “la lechucita desciende”.



Fig. 39.

Estas deidades no sólo vivían en la creencia y en la imaginación de los mexicanos, sino que creían que las veían corpóreas; las reconocían en los espíritus que habían sido transportados al cielo, en las estrellas que en las noches se desprenden del cielo. La figura que mostré de los prisioneros adornados para los sacrificios es también la primera característica de la divinidad de la estrella de la mañana, de Tlahuizcalpantecutli, “el señor de la casa del alba”, y al mismo tiempo la del dios Mixcoatl, “serpiente de nubes”, que es el dios del cielo boreal, de la región circun-

polar, la deidad principal de los matlatzincas, su dios de la caza, guerra, etc., en el fondo idéntico con Camaxtli, el dios de los tlaxcaltecas (fig. 39).

Llegamos ahora a un punto de nuestra narración en que nos es necesario hacer alguna aclaración antes de continuar, para poder seguir el hilo que nos llevará a la interpretación del personaje del fresco de Malinalco en el Tlacoachcalco, que simbólicamente representa un guerrero deificado, es decir, un dios estelar con todos los atavíos de estos dioses que en este caso está representado por Mixcoatl; por lo tanto, de una manera muy distinta a la que acabamos de referir y esto se debe a una de las incongruencias mitológicas de los antiguos mexicanos que entremezclaron dos conceptos míticos opuestos sobre los dioses estelares, los mimixcoua, con sus ubicaciones al Este y al Norte, que ha llevado a Seler a emitir la opinión que es muy posible que los filósofos mexicanos no resolvieron del todo este mito o posiblemente no fué debidamente conservado en los códices.

En la *Historia de Colhuacan y de México*, fragmento de los *Anales del Cuauhtitlán* que publicó Walter Lehmann, encontramos la leyenda de los mimixcoua, los dioses estelares, narración que también se encuentra en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*; a estos mimixcoua, que no son otros que las almas de los guerreros muertos en la guerra o en la piedra del sacrificio y que vimos residían en el Este, cuya expresión en mexicano es “aun ic ompa nemi in tlacopa, in ompa oalquiza tonatiuh: ellos viven en el Oriente, donde sale el sol”²², donde saludan al sol naciente para acompañarlo al cenit, también se nos dice que las almas de los guerreros llegan a un valle donde crece el nequemtl (ágaves), el tzinactli (yerba con dardos) y el mizquitl (mezquite), es decir, al Norte; por lo tanto, los mimixcoua son habitantes de la región del Norte: “mimixcoua in tlalpan, el país de las

²² Sahagún. Libro 6, Cap. XXIX.

serpientes de nubes", que era una de las expresiones para designar el Norte, que era considerado como la región de la oscuridad, pero al mismo tiempo es la región de las estrellas que eternamente giran y nunca se hunden; éste era el teotlallo, "el país de los dioses", el lugar de los que viven eternamente, de los bienaventurados.

En efecto, las almas de los guerreros son los mimixcoua; por lo tanto, comparten en muchos casos, como la estrella de la mañana Tlahuizcalpantecutli, de la especial pintura facial y arreos de esta deidad; por lo tanto, lo que tenemos en la pintura mural es un dios estelar, un mimixcoua; y el señor del mundo estelar, el señor del tlacochcalco o tlacochcalco yaotl (según los mitos mexicanos), el "guerrero de la casa de las flechas", de "la casa del Norte", lo era Tezcatlipoca.

Es claro que si los guerreros estaban colocados en el Norte, su contraparte, las almas de las mujeres muertas se encontraba en el Sur, y esto precisamente se encuentra ratificado en el Códice Borgia, donde los guerreros aparecen en el Norte y las mujeres en el Sur.

Durante la segunda temporada de exploraciones, mencioné el caso que al efectuarse unas excavaciones en el subsuelo del Tlacochcalco (Monumento número III) encontré colocado verticalmente un cuchillo de pedernal (fig. 30) en tales condiciones que plenamente comprobaban que había sido colocado expresamente para quedarse en esta postura, lo que por lo tanto tiene un significado esotérico que pasaré a investigar.

Ya vimos que esta estructura corresponde al tlacochcalco, "la casa del Norte", esto es, el cielo del Norte, donde viven los dioses estelares (mimixcoua), cuya representación se encuentra en un trozo de la pintura mural del lado Oeste de esta estructura; pues bien, en la crónica de Fray Gregorio García, *Origen de los Indios* (libro V, Cap. IV) nos dice: "En el año y en el día de la oscuridad y tinieblas, antes que hubiese días, ni años, estando el

mundo en grande oscuridad, que todo era un caos y confusión, estaba la tierra cubierta de agua, sólo había limo y lama sobre el haz de la tierra. En aquel tiempo fingen (*sic*) (dicen) los indios, que aparecieron visiblemente un dios que tuvo por nombre un ciervo y por sobrenombre culebra de león (se trata del dios Ixtac-Mixcoatl), y una diosa muy linda y hermosa, que su nombre fué un ciervo, y por sobrenombre culebra de tigre. Estos dos dioses dicen haber sido principio de los demás dioses que los indios tuvieron. Luego que aparecieron estos dos dioses visibles en el mundo y con figura humana, cuentan las historias de esta gente, que con su omnipotencia y sabiduría, hicieron y fundaron una grande peña, sobre la cual edificaron unos muy suntuosos palacios, hechos con grande artificio, adonde fué su asiento y morada en la tierra, y encima de lo más alto de la casa y habitación de estos dioses, estaba una hacha de cobre, (con) el corte (filo o punta) hacia arriba, sobre la cual estaba el cielo".

Por lo tanto, el pedernal hallado bajo el piso del templo simbólicamente representa sostener el cielo del Norte; por esta razón en las paredes de dicho templo se encuentran representados en pinturas los dioses estelares de esa región.

Someramente me referiré al personaje de la pintura mural que ya manifesté representa el alma de un guerrero transformado en un dios estelar bajo el disfraz de Mixcoatl.

En la mano derecha lleva un chimalli (escudo) sin huellas de adorno, y en la izquierda una flecha en actitud de arrojarla. Atrás (en forma de escudo adornado con varias plumas) lleva de adorno del ceñidor el tezcacuitlapilli (con un hermoso mosaico de turquesa) característico de los dioses estelares, y al frente, a la altura de la cintura, el tlecuilli de mosaico de turquesa, emblema de Xiutecutli, el dios del fuego. Tiene el cuerpo pintado de amarillo (yxavalcoztic) y sobre este fondo, rayas de líneas rojas (usuntin), característica que también corresponde a los dioses estelares y a las víctimas destinadas al sacrificio; y en la cara

donde era de esperarse que llevara la pintura facial llamada *ix-tlantlatlan*, es decir, la cara pintada y dividida por bandas de colores negro y amarillo, características de *Tlahuizcalpantecutli*, *Mixcoatl* y *Tezcatlipoca*, lleva simplemente una máscara negra que simboliza las tinieblas de la noche, el Norte, que era la región de la oscuridad, en la cabeza, en medio de un complicado penacho que por falta de elementos no me atrevo a identificar, en el que aparece una hermosa roseta de pluma, sobresale erguido el *aztaxelli* de los guerreros, prenda la más característica de *Mixcoatl*, y en las pantorrillas y antebrazo lleva muy marcados unos *ipamanca* rojos de un material posiblemente de cuero. Se encuentra de pie sobre una ancha faja celeste formada de plumas y pieles de tigres que para los indígenas representaba el cielo nocturno nortño.

Aparecen ciertas divergencias entre los dibujos: por ejemplo el tercero (de derecha a izquierda), lleva a la cintura de una manera muy marcada, el *aztamecatl*, con el que ataban los prisioneros de guerra destinados al sacrificio y a las efigies de los guerreros en la ceremonia de la deificación.

Mixcoatl, el dios de los *chichimecas*, *otomíes*, *matlatzincas*, etc., etc., es uno de los dioses más antiguos de los pueblos americanos, pues por ejemplo lo encontramos en *Teotihuacán*, y su fetiche era un *tecpatl*, con el cual posiblemente se le puede identificar con *Chokanipok*, "el hombre del pedernal" de los *algonquinos*; fué para los náhuas el dios estelar, "la serpiente de nube", el dios del Norte, el gran dios que representa el movimiento giratorio de la bóveda celeste, y por lo tanto, es el dios que gira (*mamelini*), la *bárrena de fuego* (*mamalhauztli*), el que girando saca fuego, el que produce fuego, el dios que primero encendió fuego; por eso lleva el *tlapilli* del dios del fuego, pues coincide con el dios del fuego; por esto, para crear el fuego, los dioses creadores, nos dice la leyenda mexicana, *Tezcatlipoca* cambia su nombre y se transforma en *Mixcoatl* y con los instrumentos de

fuego (*mamalhauztli*) sacó por la primera vez fuego de las *ma-deras*, después que fué levantado el cielo, que se había caído sobre la tierra. Y como es además el dios de la caza, cazaba las *estrellas*; por eso lleva el dardo en actitud de lanzarlo, y esta caza se llamaba *citlalin tlamiaua*, "lanzamiento de dardos de las estrellas".

Por estos pocos datos queda corroborada una vez más la gran analogía que existe entre *Tlahuizcalpantecutli* y *Mixcoatl*, cuya discusión y estudios analíticos nos llevarían a una amplificación de detalles fuera de los límites que me he fijado; me conformaré con manifestar que ambos tienen una gran semejanza por ser deidades estelares, flechadores del cielo y representantes de las almas de los guerreros muertos; pero el primero pertenece a la región Este-Oeste, y *Mixcoatl* al Norte, y a la deidad *Uitznauatl* le corresponde el Sur.

Ahora pasaré a tratar del ejemplar arqueológico más notable procedente de esta región y que perteneció antiguamente al *Cuauhtinchan* que discutimos; me refiero al *tlalpanhuehuatl* de *Malinalco*, conservado en el Museo de la ciudad de *Toluca* (figs. 40 y 41).

Este instrumento, de forma cilíndrica, hecho en una sola pieza de madera de *tepehuaje* y cubierto en su parte superior de una piel de borrego (fué utilizado por los habitantes de esta región hasta principios del siglo XX), fué recogido a sus dueños, los indígenas de *Malinalco*, por orden del entonces Gobernador del Estado de México, General José Vicente Villada, y ha sido publicado en varias obras y su mejor descripción fué hecha por *Seler*²³. Mide noventa y siete centímetros de alto, por cuarenta y dos de diámetro en la parte superior, mientras que el centro, que es ligeramente abombado, mide cincuenta y dos centímetros y tiene un metro cincuenta y tres centímetros de circunferencia; sus pa-

²³ Seler, Eduard. *The wooden drum of Malinalco*. Part 2. *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*.

redes tienen un grosor de cuatro centímetros y toda su extensión exterior está ocupada por un hermoso relieve que se encuentra dividido en dos secciones, una superior y otra inferior; esta última en tres secciones por formar el asiento del instrumento.

En el frente y sección superior se encuentra representada una hermosísima águila con las alas extendidas, que se ha querido tomar como una representación del caballero águila, es decir, un cuacuauhtin con su vestidura de águila, porque dentro del pico del animal asoma la cara de un personaje y cuyas piernas abiertas en actitud de baile están en ambos lados de la cola del águila; se trata de una representación simbólica del sol, cuauhtleuauitl, es decir, "el águila que asciende" hacia el cenit acompañada de sus tecpoyotl (heraldos), los caballeros águilas y tigres. En una mano lleva tal vez una flor o una sonaja y en la otra un abanico; en las muñecas las matzopetztl (brazaletes) y en las piernas las cozehuatl.

Opuesta al sol, en la parte trasera, sección superior, tiene la fecha nahui olin, cuarto movimiento, que es el símbolo del quinto sol, es decir, el olin tonatiuh, el sol actual, el sol de terremoto que según la leyenda está destinado a perecer por terremoto. En el centro lleva el ojo celeste con su ceja, de donde se desprende un rayo puntiagudo, mientras que debajo del ojo puede verse lo que parece una abreviación del signo del chalchihuite en donde, en un cuadro, aparece el signo ilhuitl, de donde se desprende que si bien, como lo asienta Selser, el conjunto de este signo representa una contraparte del signo olin que encontramos en el famoso monolito llamado "el calendario azteca", aquí, en este caso, no se trata del quinto sol, sino simplemente, como lo dice su glifo del cuadro, del día nahui olin en que los caballeros águilas y tigres llevaban a cabo su fiesta especial.

En ambos lados de esta fecha, por lo tanto, colocados entre el Cuauhtleuauitl y el jeroglífico, se encuentran una águila (cuauhtli) de un lado y un ocelotl (jaguar) del otro; esto es, los ani-

males cuya fiereza y poder eran el símbolo de los cuacuauhtin, los que en este caso acompañan al sol hasta el cenit, y son iguales a los que encontramos en la sección inferior del tlalpanhuehuatl.

El águila aquí representada, estando unida con la guerra, se encuentra caracterizada con cuchillos de pedernales entrelazados en sus plumas y llama la atención que en el jaguar no encontremos representación de estos cuchillos, que en los códices, en casos semejantes, van asociados al jaguar, por lo que es posible fuese eso un olvido del artista. De todos modos, como se trata de simbólicas representaciones de guerreros, ambos llevan en sus cabezas el peculiar ornamento de pluma de los guerreros, el aztaxelli, que también vimos antes en el personaje representado en la pintura mural del Tlacoachcalco, y ambos llevan (como los demás de la parte inferior) el estandarte (pamitl) de los sacrificados, porque la muerte por sacrificio era la muerte natural de los guerreros y delante de cada uno, como si les saliera de la boca, se encuentran unas volutas que representan el signo de la guerra, el atlachinolli de que hablé antes, representado aquí por una banda de fuego entrelazada con una corriente de agua, que en este caso sirve para significar que están entonando un canto guerrero. Nuevamente este signo se encuentra a los pies de las águilas y tigres, para significar que además de cantar están efectuando el baile guerrero.

Tanto el sol como el tigre y el águila (sección superior) se encuentran parados, puede decirse, sobre el signo atlachinolli que rodea todo el tlalpanhuehuatl, que también lleva agregados unos escudos con adorno de plumón que representaban la guerra, por lo que se comprueba que se trata de la región ichan tonatiuh ilhuica que ya manifesté era la región de la guerra que corresponde al cuarto y quinto cielos.

Se terminó de imprimir este libro
el 25 de septiembre de 1974, en
los talleres de la Editorial Libros
de México, S. A. Av. Coyoacán
1035, México 12, D. F.
Su tiro consta de 1 000 ejemplares.